

LA ESTRATEGIA ALEMANA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

por JUAN PRIEGO LOPEZ
Coronel de Estado Mayor, del Servicio Histórico Militar

(Continuación)

III. BALANCE GLOBAL DE FUERZAS

Fracasados los intentos de Hitler de resolver pacíficamente su conflicto con Polonia o de aislar diplomáticamente a este país (1), la lucha iniciada a primeros de septiembre de 1939 revistió desde el primer momento características mundiales, a causa de la intervención en ella de dos poderosos imperios, el británico y el francés, cuyos intereses y recursos no se circunscribían al ámbito europeo, sino que se extendían también a vastas regiones de nuestro globo.

De este modo, junto al Estado polaco, con sus 35 millones de habitantes, se alinearon, por lo pronto, aquellos dos imperios, el primero de los cuales se hallaba habitado, en su conjunto, por unos 533 millones de personas, que representaban casi la cuarta parte de la población mundial (calculada entonces en unos 2.200), y el segundo, por unos 144 millones (2).

Pero Hitler debía contar además, en un plazo más o menos inmediato, con la intervención armada de los Estados Unidos, cuyo presidente Roosevelt se había declarado abiertamente enemigo del régimen nazi y alentaba la campaña belicista contra el mismo. De

(1) Véase la primera parte de este artículo en el número anterior de esta revista.

(2) Tanto estos datos estadísticos, como los que siguen a continuación, se hallan tomados de la obra de MANUEL FUENTES IRUROZQUI: *Historia económica de la guerra mundial, 1939-1945* (Ediciones Verdad. Madrid, septiembre de 1945, págs. 378-389).

acuerdo con tal norma de conducta, el jefe del Estado norteamericano se esforzaba en arrastrar a su pueblo a la guerra con Alemania, venciendo la resistencia del partido aislacionista. Con este fin modificó, en noviembre de 1939, la ley de Neutralidad, en forma que le permitiera poner la enorme capacidad industrial de su país al servicio de la causa aliada. Y por el mismo tiempo, solicitaba del Congreso importantes créditos para financiar un amplio programa de rearme terrestre, naval y aéreo, so pretexto de poner el continente americano al abrigo de un ataque (prácticamente imposible en aquella época) de las potencias totalitarias. No era, por tanto, difícil de prever que el potencial humano estadounidense, evaluado por entonces en 150 millones de personas, acabaría por sumarse también al bando democrático.

Tampoco podía ocultársele al Führer que, si el conflicto se prolongaba, su reciente pacto de amistad y no agresión con la U.R.S.S. no le garantizaría a la larga de un ataque de dicha potencia, que sólo aguardaba la ocasión propicia de arrojar sobre el platillo de los enemigos de Alemania el peso de sus 170 millones de habitantes.

Frente a tan poderosos adversarios, el Reich alemán, habitado por unos 90 millones de personas (después de la incorporación del Protectorado de Bohemia y Moravia), sólo podía contar con la ayuda, no muy segura ni eficaz, del Imperio italiano, con unos sesenta millones de habitantes (incluidos los de Abisinia), y del Imperio japonés, con unos 150 millones (incluyendo la población del Manchukuo). Ahora bien, el apoyo nipón a Alemania sólo podría ejercerse de un modo indirecto, dada la enorme distancia que separaba a ambos países, y tendría que limitarse a retener algunas fuerzas de la coalición enemiga; hallándose supeditado, además, a las contingencias de la lucha que los japoneses mantenían desde hacía tiempo con la República china, poblada entonces por 450 millones de personas, y con las del conflicto que, en cualquier momento, podría suscitarse en el inmenso escenario del Pacífico.

De modo que, desde el punto de vista de los recursos humanos, las perspectivas de una guerra mundial no podían ser más desfavorables para Alemania y sus presuntos aliados, que totalizaban, a lo sumo, 300 millones de habitantes, frente a los 1.452 millones de que podría disponer muy sobradamente el bando opuesto (3).

(3) Recordemos que la proporción de hombres movilizables por un país se calcula, «a grosso modo», en el 10 por 100 de su población, y que gran

Más desventajosa aún resultaba la situación de las potencias totalitarias en lo relativo a los recursos materiales. Pues bien sabido es que todas ellas se hallaban mal provistas de las materias primas indispensables para una guerra moderna, y, especialmente, de la *hulla*, el *hierro* y el *petróleo*, de las que, en conjunto, sólo usufructuaban el 19, 8 y 0,17 por ciento, respectivamente, mientras que sus adversarios disponían, también respectivamente, del 73, el 80 y el 87 por ciento de las existencias mundiales en explotación de dichas materias (4). Sin que la penuria del bando totalitario a este respecto pudiera ser suplida con importaciones masivas procedentes de países neutrales mejor dotados, ya que el bloque enemigo controlaba casi por completo las comunicaciones mundiales terrestres y, de un modo absoluto, las marítimas.

Topamos aquí con otra importante desventaja de las potencias totalitarias: su inferioridad naval. En efecto, el conjunto de las flotas armadas de Alemania, Italia y el Japón sumaba tan sólo 2.246.416 toneladas, frente a 4.774.231, que totalizaban las flotas del Imperio británico, Estados Unidos, Francia y la U. R. S. S., lo que representaba más del doble del tonelaje de aquéllas (5). Pero esta superioridad cuantitativa se agravaba por el hecho de que, mientras las flotas del bando democrático podían reunirse en caso necesario (6), las de los países totalitarios tenían que combatir separadas en escenarios marítimos muy distantes entre sí (Mar del Norte, Mediterráneo y Pacífico), cuyas respectivas comunicaciones se hallaban prácticamente dominadas por sus adversarios (véase croquis n.º 4).

En realidad, la flota japonesa —la más importante, con mucho, de los países totalitarios (1.098.153 toneladas)— tuvo que limitarse

parte del resto de la misma resulta utilizable para la industria de guerra y otros servicios auxiliares.

(4) Con objeto de simplificar, hemos limitado la comparación a estas tres materias básicas de la guerra moderna. Sobre el particular, nos remitimos a la obra anteriormente citada, así como a la de J. SEMJONOW: *Las riquezas de la tierra* (Editorial Labor. Barcelona, Madrid, Buenos Aires, Río de Janeiro, 1940, páginas 537-542 y resumen final).

(5) Según los datos consignados por el *Almanacco Navale 1941-XIX*, publicado por el Ministerio de la Marina italiana.

(6) Excepto la flota soviética (389.231 toneladas), que permaneció, generalmente, encerrada en sus bases del Báltico y Mar Negro; logrando, sin embargo, distraer para su vigilancia algunas unidades del bando opuesto.

a afrontar, en el Pacífico, el choque con la flota americana y una parte de la británica; otra importante fracción de esta última consiguió mantener a raya, en el Mediterráneo, a la moderna pero poco combativa flota italiana; mientras que el peso principal de la *Royal Navy* recayó sobre la flota alemana, la más débil numéricamente, pero también la más eficaz entre las de su bando.

Frénate a todas estas causas de inferioridad, la única ventaja de que disponían los alemanes era su relativo adelanto en el rearme terrestre y aéreo respecto a sus principales contrincantes del momento, Francia e Inglaterra. Pues, como ya hemos hecho notar, estas potencias habían dejado enmohecer en el ocio de la paz sus fuerzas armadas de tierra y aire; mientras que la Alemania nazi las había desarrollado y perfeccionado grandemente, a partir de 1933; atemperándolas a las necesidades de una «guerra relámpago», la única que ofrecía probabilidades de victoria a un país rodeado de poderosos enemigos y mal dotado de recursos naturales para una prolongada resistencia. De acuerdo con tales premisas, la doctrina de guerra alemana se basaba en una adecuada cooperación de las fuerzas aéreas y blindadas, tendiendo a conseguir éxitos fulminantes sobre sus presuntos adversarios, que les forzarán a concertar una paz favorable para el Reich.

Pero tal sistema, ideado para triunfar en el ámbito reducido de la Europa central y occidental y contra países que disponían de recursos más o menos limitados (Polonia, los Países Bajos, la Francia metropolitana), tenía que resultar inocuo frente al Imperio británico, los Estados Unidos o la Unión Soviética, cuyos centros vitales, por encontrarse allende el mar o a distancia considerable de las bases alemanas, quedaban fuera del alcance eficaz de sus fuerzas armadas y, además, contaban con recursos sobrados para conseguir la lucha por tiempo indefinido.

En efecto (como puede verse en el croquis n.º 4), la Gran Bretaña se hallaba defendida por un foso marítimo que la ponía prácticamente a cubierto de una invasión a fondo por parte de una potencia que, como Alemania, no disponía de la superioridad naval requerida; y aun cuando su territorio metropolitano llegara a ser ocupado totalmente, el Imperio británico podría continuar la guerra desde sus dominios (especialmente desde el Canadá). Los centros vitales de los Estados Unidos se encontraban a su vez, fuera del radio de acción eficaz (unos 2.000 kilómetros) de los bombarderos alemanes de mayor alcance (tetramotores *Focke Wulf* «Ku-

rier»). Y la enorme extensión territorial de la U. R. S. S. (cuyos principales centros de producción bélica habían sido trasladados más allá de los Urales) hacia prácticamente imposible su completo dominio por los numerosos pero limitados contingentes terrestres del Reich.

De todo lo cual se desprende que Alemania carecía de medios militares suficientes para imponer su voluntad a ninguna de estas tres grandes potencias, y únicamente podía aspirar a hacerles desistir de sus propósitos agresivos, ya enfrentándoles con «hechos consumados» que les demostraran la inutilidad de aquéllos, ya oponiéndoles una resistencia tan encarnizada que el éxito de los mismos se revelara, a la larga, demasiado costoso. Por lo que se refiere particularmente a la U. R. S. S., las esperanzas de victoria que el Führer abrigaba sobre ella se basaban en la eventualidad de un derrumbamiento del régimen soviético, consiguiente a una serie de graves reveses militares, que los informes demasiado optimistas de los emigrados rusos en Berlín le habían hecho considerar como seguro (7).

Tales eran las únicas perspectivas que al Reich se le ofrecían, no de vencer, sino de «salir a flote» del conflicto mundial que sus enemigos le impusieron. Veamos ahora cómo Hitler intentó sacar partido de las escasas ventajas que tenía a su favor.

IV. LA ESTRATEGIA DE HITLER

De acuerdo con su sentido etimológico, la palabra «estrategia» significa estrictamente «el arte del General en jefe». Pero no debemos olvidar que, a lo largo de la historia, este cargo ha solido coincidir con el de jefe del Estado. En efecto, tanto en su origen como en su desarrollo histórico, el Estado es un tipo de organización social relacionado muy de cerca con las actividades bélicas. Y, así, los jefes políticos de la mayoría de los pueblos que han desempeñado en la historia un importante papel, fueron designados tradicionalmente con títulos (*rex, imperator, basileus, dux, emir, jan*) de indudable significado guerrero. Únicamente en la época actual y bajo el influjo del ideario y los prejuicios democráticos, se ha pre-

(7) Al estudiar la génesis del «plan Barbarroja», examinaremos más a fondo los fundamentos de esta esperanza de Hitler.

tendido deslindar las funciones políticas de las propiamente militares, subordinando éstas a aquéllas. Sin embargo, cuando sobreviene un conflicto bélico, se suelen conceder al General en jefe atribuciones muy amplias, y su asesoramiento es requerido con frecuencia en las grandes decisiones políticas.

En realidad, la Política y la Estrategia son actividades que tienden a un mismo fin: la defensa y expansión de los ideales e intereses de una nación o grupo de naciones frente a las potencias o coaliciones rivales; diferenciándose tan sólo en la clase de medios empleados para alcanzar dicho fin. Pues, mientras la Política procura agotar los procedimientos pacíficos (persuasión, negociación, intimidación), la Estrategia se encarga de poner en juego los resortes de fuerza cuando aquellos procedimientos no logran el resultado apetecido. Pero la amenaza de recurrir a la violencia se halla implicada, de un modo tácito o expreso, en todo el curso de la acción política, y ninguna reclamación importante puede prosperar, en definitiva, dentro del área internacional, si no está respaldada por una fuerza suficiente. Por eso, el político avisado debe acomodar sus aspiraciones a las posibilidades bélicas de su patria, y al estratega le corresponde sacar de estas posibilidades el máximo partido para que aquellas aspiraciones queden satisfechas a todo evento. De aquí, que ni uno ni otro deban limitarse a desempeñar bien sus funciones específicas; pues el político ha de estar familiarizado con los problemas y métodos de la Estrategia, y el estratega tiene que ser capaz de sentir y comprender los ideales políticos a cuyo servicio se pone.

Existe así una zona intermedia entre Política y Estrategia, que algunos tratadistas contemporáneos denominan «Gran Estrategia» y que, según Kesselring, constituye la *estrategia* por antonomasia, definiéndola como «una sintética coordinación de las consideraciones y medidas que, en todos y cada uno de los sectores de la vida estatal, tienden al planteamiento de una guerra o también de una campaña. Luego, las *operaciones* son las que han ejecutar el plan de guerra en los diversos teatros de la lucha por tierra, mar y aire» (8). Por nuestra parte, consideramos preferible distinguir entre una estrategia *directiva*, que concibe el plan de guerra, señalando

(8) Véase su obra: *Reflexiones sobre la Segunda Guerra Mundial* (Edición española de Luis de Caralt. Barcelona, mayo de 1957, págs. 52-53).

do los objetivos y distribuyendo los medios, y una estrategia *operativa*, que se encarga de ejecutar dicho plan en los distintos frentes o teatros de operaciones. Esta distinción resulta tanto más justificada en este trabajo, cuanto que fue establecida por el propio Hitler, con ocasión de la memoria presentada por el General Beck en julio de 1938. «La Wehrmacht —dijo entonces el *Führer*— es un instrumento de la política. Yo señalaré su deber al Ejército, cuando llegue el momento. El Ejército tiene que resolver su deber, y no discutir si este deber está bien o mal impuesto» (9).

Desde este punto de vista —que correspondía a las funciones directivas que se arrogó—, juzgaremos aquí principalmente la estrategia de Hitler. Su posterior intromisión en la esfera operativa constituye sin duda una anomalía, cuyas causas y consecuencias serán examinadas a su debido tiempo.

Sobre las dotes estratégicas del *Führer* se ha discutido mucho. Pero si nos atenemos a las opiniones más autorizadas y objetivas (las de Guderian, von Manstein y Kesselring), Hitler se hallaba más capacitado que cualquier otro gobernante de su tiempo para enjuiciar los problemas fundamentales de la Estrategia, y poseía incluso una gran perspicacia para captar las oportunidades operativas. Le faltaba, sin embargo, el toque profesional, que sólo se adquiere en la experiencia de la carrera de las armas y que permite articular las condiciones previas y las posibilidades de ejecución; careciendo también de suficiente tacto y mesura para distinguir lo asequible de lo inasequible (10).

Esta mezcla inestable de cualidades sobresalientes y graves defectos, propia de la compleja y enigmática personalidad de Adolfo Hitler, puede explicar hasta cierto punto la serie de sorprendentes aciertos y lamentables yerros que constituyen la trama de su fulgurante y trágica carrera. Pero no debemos olvidar tampoco la extremada dificultad y desigualdad de la lucha que le fue planteada. Quien pretenda enjuiciar de un modo equitativo su actuación durante la segunda guerra mundial, habrá de tener en cuenta la res-

(9) Pasaje leído por HALDER ante el tribunal de Nuremberg y reproducido por PETER BOR en su obra: *El Estado Mayor alemán* (Ed. española citada, página 97).

(10) Véase von MANSTEIN: *Victorias frustradas* (Ed. española cit., páginas 276-277).

pectiva influencia de ambas clases de factores, internos (dotes y defectos personales) y externos (situación favorable o desfavorable), en el éxito o el fracaso de sus planes.

1) *El plan inicial.*

Se achaca, en primer lugar, a Hitler, la falta de un plan general de guerra para afrontar el choque con las potencias occidentales garantizadoras de la libertad e independencia de Polonia, y con las demás potencias hostiles al nazismo, cuya intervención era previsible en plazo más o menos breve.

Pero ya hemos visto que tal choque, para el cual Alemania no se hallaba preparada, se encontraba fuera de los cálculos del Führer, cuya diplomacia se esforzó precisamente en evitarlo hasta el último momento.

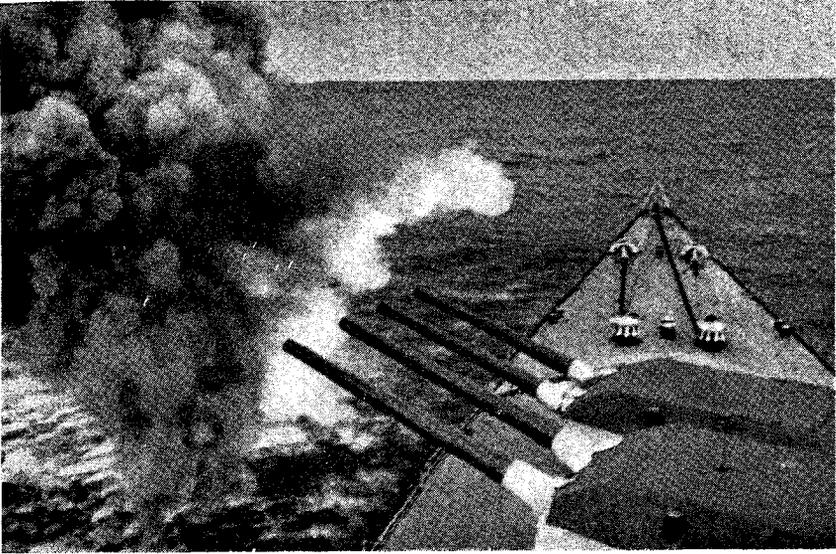
Desde luego, en sus planes de acción contra Polonia no había dejado de considerar la posibilidad de una intervención armada de Francia e Inglaterra; pero en el fondo esperaba que tal intervención no se produjera, limitándose tales potencias a una protesta formal; sobre todo, después de la firma del pacto de amistad ruso-germano, que invalidaba de hecho las promesas de ayuda a los polacos por parte de aquéllas (11).

Como ya sabemos, estas esperanzas del Führer resultaron fallidas, y ello constituyó sin duda un grave error de apreciación, del que se derivaron otros muchos posteriores, pero que explica al menos la falta de ese plan de guerra y demuestra que Hitler no provocó de un modo deliberado el conflicto mundial.

Efectivamente, cuando surgió el pleito con Polonia, el rearme de Alemania —planeado con vistas a la futura lucha con la Unión Soviética— distaba mucho de haber alcanzado el nivel propuesto; especialmente por lo que se refería a la Marina, cuyo tonelaje se hallaba aún muy por bajo de las cifras previstas en el convenio anglo-germano de 1935 (12). Ni tampoco el Ejército de Tierra podía

(11) Sobre esta cuestión, todos los autores consultados se hallan de acuerdo, basándose en las pruebas aportadas ante el tribunal de Nuremberg. Véanse las obras ya citadas de HINSLEY (págs. 55, 63, 64, 66 y 67); FRITZ HESSE (pág. 241); von MANSTEIN (pág. 13); GUENTHER BLUMENTRITT (páginas 39-43) y PETER BOR (págs. 108-111).

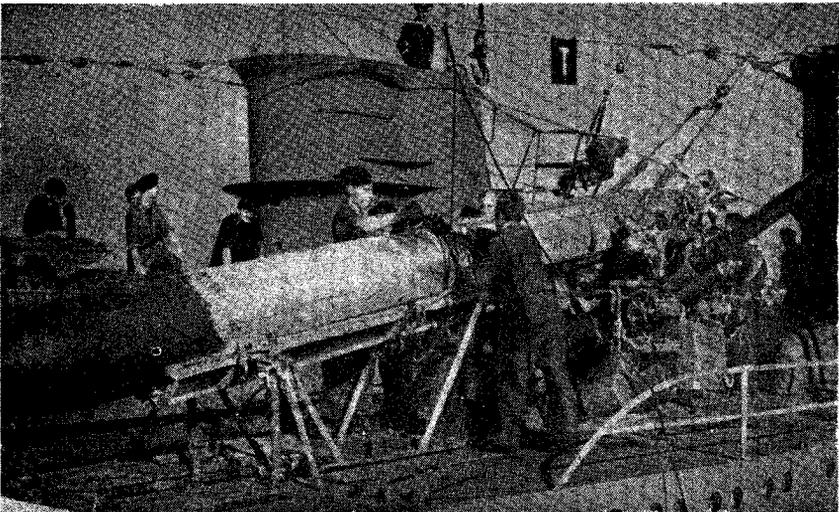
(12) Véase F. H. HINSLEY (*Ob. cit.*, pág. 17).



LA MARINA ALEMANA

Artillería gruesa de un navio de combate haciendo una salva.

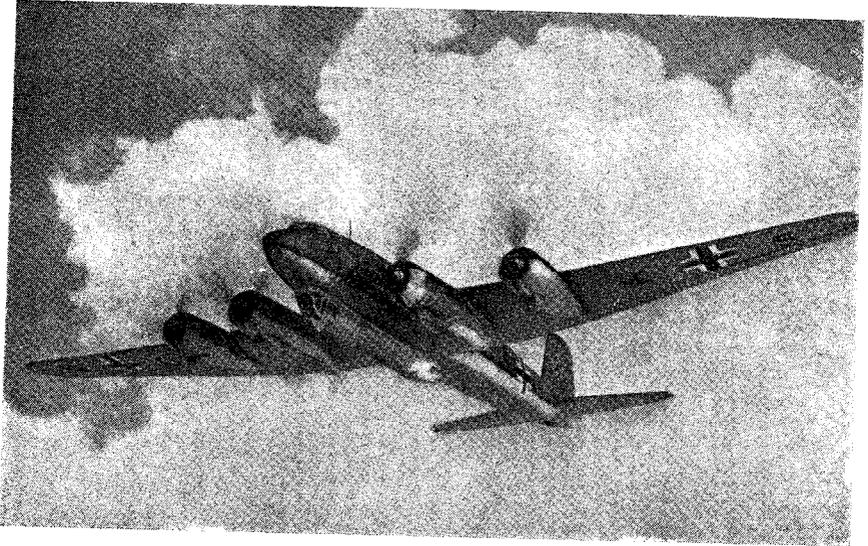
(Del folleto *Atlantik, Grab Stolzer Hoffnungen*).



LA MARINA ALEMANA

Cargando un torpedo a bordo de un submarino.

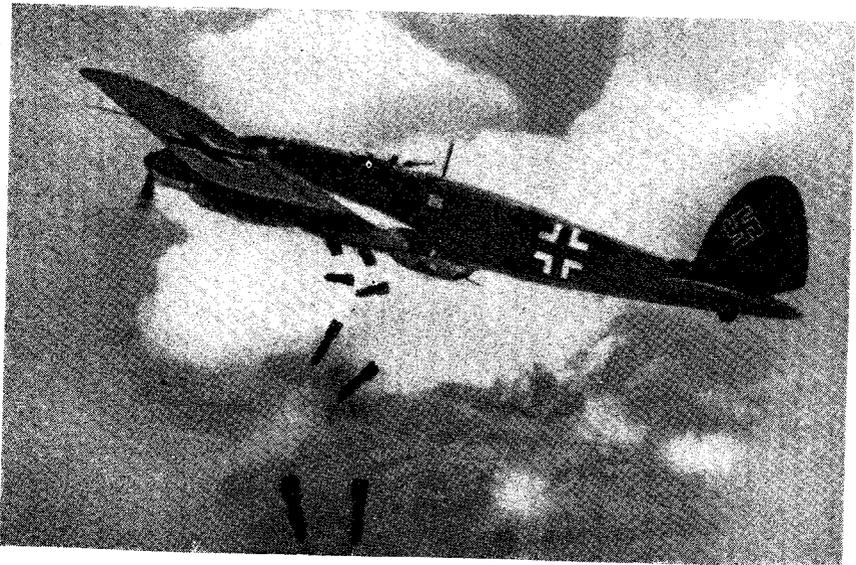
(Del mismo folleto).



AVIACIÓN ALEMANA

Bombardero de gran radio de acción, modelo Focke Wulf «Kurier».

(Del folleto *Atlantik. Grab Stolzer Hoffnungen*).



AVIACIÓN ALEMANA

Bombardero en acción sobre Inglaterra.

(Del mismo folleto).

considerarse todavía debidamente entrenado y equipado. Como declaró el General Jodl ante el tribunal de Nuremberg: «El verdadero rearmamento sólo fue realizado después del comienzo de la guerra. Entramos en esta guerra mundial con unas 75 divisiones (completas). El setenta por ciento de nuestra población total capaz para el servicio militar carecía de instrucción militar (*sic*). Las provisiones de bombas y municiones eran risibles...» (13). Situación que coincide en lo esencial con la que reflejan los Boletines de Información del E. M. francés de los años inmediatos a la guerra. En tales boletines se señalaban los puntos fuertes de la *Wehrmacht*: sus Divisiones blindadas y su Aviación táctica; pero también sus puntos flacos: insuficiencia de reservas instruídas; escasez de cuadros de mando y falta de reservas generales, especialmente de artillería pesada (14).

Siendo así, ¿por qué no aplazó Hitler su acción contra Polonia hasta que tales deficiencias quedaran subsanadas? En el apartado relativo a los antecedentes del conflicto, hemos apuntado ya los motivos que le impulsaron a precipitar los acontecimientos. Indudablemente, el tiempo no trabajaba ya en su favor. A principios de 1939, Inglaterra y Francia habían iniciado —como ya sabemos— un rearme intensivo, y cuanto más tiempo transcurriera, la proporción de fuerzas sería cada vez más desfavorable a Alemania. Hitler sabía muy bien que la actitud conciliadora de Chamberlain y Daladier, durante la conferencia de Munich, había sido determinada en gran parte por la gran superioridad de que disponían entonces los alemanes en el dominio aéreo (15). Todavía un año después, las

(13) Citado por HALDER, en la obra de PETER BOR repetidamente citada (Versión castellana de Guillermo Sans Huélin, pág. 104).

(14) G. CASTELLÁN: *La Wehrmacht vue de France (Revue Historique de l'Armée*, septiembre, 1949, págs. 39-56). Como se ve, el Servicio de Información francés se hallaba bien al corriente de las particularidades de las Fuerzas Armadas alemanas. No se comprende, pues, cómo su Alto Mando no supo actuar en consecuencia.

(15) Según el entonces ministro de Asuntos Exteriores francés GEORGES BONNET (en su libro *Fin d'un Europe*, pág. 56), el primero de septiembre de 1938, la situación en tal dominio era la siguiente: *Aviones modernos* (caza y bombardeo): Francia, 0; Inglaterra, 200; Alemania, 5.000. *Posibilidad de fabricación en gran serie* (por mes): Francia, 10; Inglaterra, 160; Alemania, 1.000 (Citado por HENRI LEBRE, en su trabajo: *Munich et les origines de la guerre*, ed. cit., pág. 33).

potencias occidentales no habían conseguido disminuir sensiblemente tal superioridad. Pero no era dudoso que, en pocos años, esa ventaja alemana quedaría neutralizada e, incluso, superada por sus rivales. Y lo mismo ocurriría indefectiblemente en lo referente a las fuerzas blindadas. Hitler consideró, pues, que si dejaba pasar más tiempo, la oposición francoinglesa a sus reivindicaciones en la Europa oriental crecería de tal modo, que le sería preciso renunciar a ellas, con el consiguiente desprestigio ante la opinión pública nacional e internacional. Y, en virtud de tales consideraciones, decidió plantear la cuestión cuando todavía creía tener oportunidad de resolverla por vía pacífica o mediante un conflicto bélico de alcance limitado (16).

De este modo, en su plan inicial de operaciones, se atendía principalmente a la rápida eliminación del adversario polaco; limitándose, en cuanto a las potencias occidentales, a simples medidas de seguridad, que garantizaran la libertad de acción de las fuerzas armadas alemanas, sin provocar ninguna reacción hostil por parte de tales potencias.

Así lo hizo constar Hitler en el párrafo 3 de su «Orden n.º 1 para la dirección de la guerra», fechada en 31 de agosto de 1939; párrafo que reza así: «En el Oeste conviene que la apertura de hostilidades corresponda inequívocamente a Inglaterra y Francia. Al principio sólo deben adoptarse acciones puramente locales contra posibles e insignificantes violaciones fronterizas» (17).

En tales supuestos, se basaba la distribución de las fuerzas alemanas entonces disponibles, que podían calcularse en unas 104 Divisiones activas y de reserva, de todos los tipos (18). De ellas, 58 (42 activas y 16 de reserva) fueron empleadas contra Polonia, y 46 (11 activas y 35 de reserva) quedaron en el Oeste para hacer frente a una eventual ofensiva francoinglesa.

Esta desigual distribución de fuerzas no dejaba de ofrecer gran-

(16) Véanse documentos aducidos por F. H. HINSLEY (Ob. y ed. cit., páginas 50-61).

(17) Documentos de Nuremberg, Pt. 2, pág. 172 (reproducido por CHURCHIL, en sus *Memorias*, ed. española citada. Tomo I, pág. 448).

(18) Véase el artículo de A. GOLAZ: *L'Armée allemande de 1939 a 1945, d'après les sources allemandes*, Première Partie, Jusq'au 22 juin 1941 (*Revue Historique de l'Armée*, núm. 3, 1957, págs. I-XIV, Tableau A).

des riesgos, pues los franceses concentraron en su frontera del Este unas 90 Divisiones, a las que vinieron muy pronto a sumarse otras cuatro Divisiones inglesas; lo que representaba numéricamente más del doble de los efectivos alemanes alineados en dicho frente; aunque desde el punto de vista cualitativo, la superioridad aliada resultaba aún mayor, porque sólo las 11 Divisiones activas germanas representaban un factor positivo, mientras que las de reserva se hallaban muy deficientemente instruídas y equipadas.

Tampoco la *Westwall* o «Línea Sigfrido» (sobre cuyo verdadero valor existen opiniones divergentes) podía garantizar de un modo absoluto la inviolabilidad del frente occidental alemán, porque no se hallaba aún terminada y artillada por completo. Pero el Führer supo apreciar debidamente los factores psicológicos y doctrinales que se oponían a una rápida y enérgica ofensiva francesa en dicho frente, y logró desembarazarse del adversario polaco, antes de que tal ofensiva se llegara tan sólo a perfilar.

Por lo que respecta a Polonia, el plan de operaciones alemán (*Fall Weiss*) resultaba tan lógico como sencillo, y se basaba en las facilidades que el trazado fronterizo entre los dos países ofrecía para envolver por ambos flancos el grueso de las fuerzas polacas situadas al Oeste de la línea Bobr-Nárev-Vístula-San (véase croquis n.º 5).

El citado plan fue elaborado exclusivamente por el O. K. H., sin interferencia alguna del Führer, que en sus directivas del 3 y 11 de abril de 1939 se limitó a señalar el objetivo de la campaña: obtener por sorpresa un éxito rápido. Después de lo cual, «no se mezcló más Hitler en los trabajos preparatorios del Ejército» (19).

A tal fin se organizaron dos Grupos de Ejércitos alemanes: el del Norte, bajo el mando de von Bock, y el del Sur, dirigido por von Rundstedt. El primero de ambos grupos se concentró en Pomerania y la Prusia oriental, y tenía por misión conquistar el Corredor y efectuar una acción desbordante, a través de los ríos Nárev y Bug, para situarse en la región al E. de Varsovia, donde sus fuerzas blindadas y motorizadas confrontarían con otras análogas del grupo Sur, que avanzarían a su vez, desde Silesia y Eslovaquia, para completar el cerco de las fuerzas polacas.

(19) Así lo reconoce HALDER, en sus declaraciones a PETER BOR (ob. y ed. citadas, pág. 109).

Al éxito de la maniobra contribuyeron: por una parte, los errores estratégicos del Mando polaco, al concentrar la mayoría de sus tropas en las inmediaciones de la frontera y descuidar el flanco Sur, donde el enemigo había de ejercer precisamente su esfuerzo principal; y, por otra, la perfecta coordinación de las fuerzas aéreas y blindadas alemanas, que permitió acelerar considerablemente el ritmo de las operaciones (20).

De este modo, hacia el 17 de septiembre la gran masa del ejército polaco se encontraba cercada y a punto de rendirse; con lo cual, las operaciones alemanas en dicho país podían considerarse virtualmente terminadas. Este fue el momento elegido por la Unión Soviética para invadir, a su vez, la parte oriental de Polonia, sin tener que vencer ninguna resistencia seria por parte de la desventurada nación, que en 28 de septiembre quedó dividida por los vencedores en dos zonas, rusa y alemana, situadas respectivamente al E. y al O. de una línea de demarcación que zigzagueaba desde la Prusia oriental hasta Eslovaquia, aprovechando en gran parte los cursos de los ríos Bobr, Nárev, Bug y San (véase croquis número 5).

Inglaterra y Francia se abstuvieron entonces de declarar la guerra a la Unión Soviética, a pesar de haber violado este país —lo mismo que Alemania— la integridad e independencia de Polonia, que aquellas potencias se habían comprometido a defender; lo que demostraba que su objetivo de guerra no era la protección de los pueblos débiles, sino la eliminación del militarismo germano, considerado por los dirigentes de las mismas como el perturbador por excelencia del equilibrio europeo (21).

No obstante, Hitler seguía confiando en que los gobiernos francés y británico se inclinarían ante el «hecho consumado» y no pretenderían continuar la guerra que, en su opinión, carecía ya de objeto; puesto que entre Alemania y las potencias occidentales no existían diferencias irreductibles que pudieran justificarla. En virtud de lo cual, el Führer pronunció en 6 de octubre de 1939 un discurso ante

(20) En conjunto, la superioridad numérica de los alemanes no resultaba aplastante; pues, a sus 58 Divisiones de diversos tipos, opusieron los polacos 40 Divisiones de Infantería, 11 Brigadas de Caballería y 2 Brigadas motorizadas.

(21) Como CHURCHILL se encarga de puntualizar en sus *Memorias* (ed. esp. cit., tomo I, págs. 30 y 31), no se trataba tan sólo de destruir al «nazismo»; pues, según él, toda Alemania debía considerarse responsable de haber consentido su instauración.

el Reichstag ofreciendo la paz a Francia e Inglaterra; comprometiéndose incluso a restaurar en su día un Estado polaco que no constituyera un centro de intrigas contra Alemania y la U. R. S. S. y cuyas fronteras se ajustasen a las realidades históricas, étnicas y económicas.

Pero tal ofrecimiento fue rechazado el 12 de octubre por Chamberlain ante la Cámara de los Comunes, exigiendo el restablecimiento de la integridad e independencia de Checoslovaquia y Polonia (en sus límites anteriores a la guerra) como condición previa para examinar las proposiciones alemanas. Y análogas declaraciones hizo Daladier en nombre del gobierno francés.

2) *La «drôle de guerre».*

Ante la necesidad de continuar la guerra con las potencias occidentales, Hitler se vió obligado a forjar nuevos planes para deshacerse de tales adversarios. De entre ellos era sin duda la Gran Bretaña el más importante; pero Alemania carecía por el momento de los medios adecuados para eliminarla. Desde luego, se podía intentar un bloqueo de aquella nación, interceptando sus comunicaciones marítimas. Para lo cual, se necesitaba una potente flota submarina y de superficie, de la que no disponían aún los alemanes, a causa de haber descuidado su rearme naval en provecho del terrestre y aéreo. Por otra parte, la acción de tales medios sólo podía hacerse sentir a muy largo plazo, y Alemania, en razón de sus limitados recursos potenciales, necesitaba un éxito rápido.

En virtud de todo ello, el Führer decidió ejercer ahora su principal esfuerzo sobre Francia, que desde la primera guerra mundial se hallaba considerada como el principal campeón de Inglaterra en el Continente, sin el concurso del cual no se creía a los ingleses en condiciones de enfrentarse con otra gran potencia terrestre. Eliminando, pues, a Francia como adversario militar, esperaba Hitler que Inglaterra se aviniera por fin a una paz razonable.

Con tal objeto, el 9 de octubre de 1939 —tres días después de su primera oferta de paz a las potencias occidentales y en previsión de que tal oferta fuese rechazada— redactó el Führer una memoria en la que, después de examinar la situación general consiguiente a la derrota de Polonia, insistía en la necesidad de actuar rápidamente sobre Francia a través de Bélgica y Holanda. La memoria iba acompañada de unas directivas a los jefes de los tres Ejércitos y al

del O. K. W., en las que se señalaba como objetivo de la campaña «derrotar el mayor número posible de fuerzas del ejército francés y conquistar una región lo más extensa posible, que comprendiera Holanda, Bélgica y norte de Francia..., base desde la cual poder llevar la guerra aérea y marítima contra Inglaterra y proteger, al mismo tiempo, el distrito vital del Ruhr» (22). Los preparativos para la nueva campaña debían efectuarse con toda rapidez, a fin de poderla iniciar lo antes posible, en el caso de que los aliados resolvieran continuar la lucha.

Estas directivas del Führer tropezaron con seria oposición por parte del General von Brauchitsch, jefe del O. K. H., y de su jefe de E. M., General Halder, que entendían que el ejército alemán debía mantenerse a la defensiva en el frente occidental, en espera de que los aliados atacasen, para maniobrar después sobre ellos mediante una operación a retaguardia» (23).

Pero, como alega muy acertadamente von Manstein: «Las potencias occidentales, que no se habían resuelto a pasar a la ofensiva cuando el grueso de las fuerzas alemanas se hallaba comprometido en Polonia, ¿iban a tener el coraje de atacar ahora, en el momento en que la Wehrmacht podía descargar sobre ellas el peso de su potencial?» (24).

Por lo que hoy sabemos de los planes militares aliados y podía colegirse ya entonces de un examen desapasionado de la situación, el Mando francoinglés pensaba mantenerse a la defensiva en el frente occidental *hasta la primavera de 1941*, limitándose a garantizar la integridad del territorio francés, sin perjuicio de acudir en socorro de Bélgica y Holanda, en el caso de que estos países se vieran atacados por los alemanes. Mientras tanto, se procuraría distraer la atención de las fuerzas enemigas hacia nuevos escenarios de lucha, tales como Escandinavia y los Balcanes, amenazando con privar al Reich de los importantes suministros bélicos (hierro y petróleo) que de allí recibía. En suma, los gobiernos aliados se proponían emplear contra Alemania la misma *estrategia de agotamiento* que tan eficaz se había mostrado, a la larga, de 1914 a 1918 (25).

(22) Documentos de Nüremberg 52-L. y 62-C. (según la cita de F. H. HENSLEY en su mencionada obra, ed. esp. cit., págs. 80-87).

(23) PETER BOR: Ob. y ed. citadas., pág. 120.

(24) *Victorias frustradas* (ed. esp. cit., pág. 77).

(25) Síntesis del «plan de guerra» esbozado en el otoño de 1939 por el Comandante Supremo aliado, General Gamelin, y que cayó más tarde en po-

De conformidad con tales planes, las tropas francesas, que, durante la campaña de Polonia, habían llevado a cabo en el frente de Lorena unas tímidas operaciones de aproximación a la «Línea Sigfrido», se retiraron espontáneamente a sus bases de partida, en cuanto comenzaron a llegar los refuerzos alemanes procedentes del frente oriental.

En tales condiciones, la guerra en el Oeste no podía ser llevada a feliz término para el bando alemán persistiendo en la defensiva. Había evidentemente que atacar. Sólo faltaban por decidir el *cuándo* y el *cómo*. Pero, ya fuera por ineptitud o por mala voluntad, ni Brauchitsch ni Halder ofrecieron a Hitler ninguna solución operativa viable para el grave problema estratégico que se le planteaba. En vista de lo cual, el Führer se vió obligado a suplir por primera vez la falta de iniciativa del Alto Mando del Ejército, improvisando un «plan de acción amarillo» (*I Fall Gelb*, de 19 de octubre de 1939), inspirado en el famoso «plan Schlieffen», que tendía a invadir Holanda, Bélgica y el norte de Francia para poner fuera de combate la mayor parte de las fuerzas francesas y aliadas, y conquistar bases desde donde desarrollar una vasta ofensiva aeronaval contra Inglaterra (26). Hitler pretendía que tal plan se pusiese en ejecución lo antes posible, con el fin de sorprender a los aliados e impedir que pudiesen perfeccionar sus dispositivos de defensa. Pero las tropas alemanas no se hallaban aún debidamente preparadas para una operación de tanta trascendencia, y, por otra parte, el mal tiempo persistente obligó a suspender en diversas ocasiones el comienzo de la ofensiva, que hubo de ser aplazada por fin hasta la próxima primavera.

El invierno de 1939 a 1940 transcurrió así en el frente occidental en una calma casi absoluta, interrumpida tan sólo por ligeras escaramuzas y por cañoneos intermitentes entre las dos poderosas líneas fortificadas Maginot y Sigfrido. Este es el período que los cronistas franceses suelen denominar «la drôle de guerre», que puede traducirse aproximadamente al castellano por la «pícaro guerra» o la «guerra en broma»; pues parecía, en efecto, que se trataba de cubrir el expediente de unas hostilidades formularias, en tanto se

der de los alemanes, tal como se halla expuesto por von MANSTEIN en su citada obra (ed. esp., pág. 77).

(26) El texto de este plan se halla reproducido en el Apéndice 1.º de la obra del Mariscal von MANSTEIN: *Victorias frustradas* (ed. española cit., páginas 565-568).

negociaba una paz que la mayoría de los franceses deseaba, porque no comprendía la necesidad de una lucha en que los intereses vitales del país no estaban aparentemente en juego.

Este período de inactividad, sin perspectivas de una acción ulterior más o menos inmediata que justificara las molestias de la vida de trincheras, contribuyó sin duda a rebajar la moral de los ejércitos aliados, mientras crecía la de los alemanes, que se preparaban febrilmente para una gran ofensiva que se esperaba condujera al final victorioso de la guerra.

3) *La campaña de Noruega.*

Como ya hemos adelantado, los aliados se proponían distraer la atención de las fuerzas alemanas hacia otros posibles escenarios de lucha, entre los que se contaba el de Escandinavia, región de donde procedían o por donde transitaban los más importantes suministros de mineral de hierro con que contaba Alemania. A fin de interceptar tales suministros, Churchill, en su calidad de primer lord del Almirantazgo, propuso reiteradamente desde mediados de septiembre de 1939, que fueran minadas las aguas jurisdiccionales noruegas, utilizadas durante el invierno por los barcos alemanes que transportaban a su patria desde el puerto de Nárvik el mineral de hierro procedente de los yacimientos suecos de Kiruna y Gällivare. Al mismo tiempo, el citado ministro inglés sugirió la conveniencia de estudiar las medidas militares y navales para hacer frente a cualquier contramedida alemana que pudiera producirse. El Gabinete británico aceptó en principio las sugerencias de Churchill. Pero insistió en la necesidad de obtener previamente la aquiescencia del Gobierno noruego, con el que se iniciaron a tal efecto laboriosas negociaciones (27).

Por su parte, el Gran Almirante Raeder, jefe del Alto Mando naval germano, había propuesto a Hitler, en 3 y 10 de octubre del mismo año, la ocupación de bases navales en Noruega que facilitarían la actuación de los submarinos y navíos de superficie alemanes contra la navegación aliada, insistiendo también en la necesidad de adelantarse a una posible intervención del enemigo en la península escandinava, desde donde aquél podría desarrollar a su vez una in-

(27) *Memorias*, de CHURCHILL (Edición española, I Parte, tomo 2.º, páginas 146-150 y 157).



LOS COLABORADORES DEL FÜHRER

Hitler con los mariscales Von Brauchitsch y Keitel.

(Del libro *Conversaciones sobre la guerra y la paz*, recogidas por orden de Martin Bormann).



LOS COLABORADORES DEL FÜHRER

Hitler con los generales Paulus, Keitel, Halder y Brauchitsch.

(De la misma obra).



LA CAMPAÑA DE POLONIA

La plaza del Mariscal Pilsudski, en Varsovia, después de la ocupación de la ciudad
(De las *Memorias* de Churchill).



LA CAMPAÑA DE NORUEGA

Tropas alemanas desembarcan en el puerto de Oslo.
(De la misma obra).

tensa acción aeronaval contra los principales puertos y zonas industriales de Alemania. Pero el Führer, enfrascado por entonces en la preparación de sus planes ofensivos contra Francia, no prestó atención a las propuestas de Raeder, que le obligarían a distraer en una operación secundaria una parte importante de las fuerzas que necesitaba para la acción principal (28).

Mientras tanto, la Unión Soviética se aprovechaba de la lucha entre germanos y occidentales para ir desarrollando de un modo solapado sus planes imperialistas. Y después de haber sometido a vasallaje a Estonia, Letonia y Lituania, pretendió extender su influencia a Finlandia, obligando a este país a cesiones territoriales que ponían en peligro la independencia del mismo; pretensiones a las que los finlandeses decidieron resistir con las armas, iniciando una lucha tan heroica como desigual con el poderoso imperio bolchevique, que suscitó la simpatía y la admiración del mundo entero.

El Gobierno británico intentó aprovecharse de este general movimiento de opinión pro-fulandesa para llevar adelante sus planes sobre Escandinavia, proponiendo a Noruega y Suecia el libre paso de voluntarios y municiones con destino al valeroso país. Como declara Churchill: «Una vez superadas las protestas suecas y noruegas, las medidas profinesas podían permitir aplicar otras» (29); y agrega más adelante: «los jefes de Estado Mayor recibieron orden de estudiar las posibles complicaciones de una actividad militar en suelo escandinavo. Se les autorizó a planear un desembarco en Nárvik y considerar las consecuencias militares de una ocupación alemana del sur de Noruega» (30).

A mediados de diciembre de 1939, el Gobierno alemán fue informado de estos preparativos ingleses por Vidkun Quisling, ex ministro noruego de la Guerra. Quisling había sido anteriormente agregado militar en Moscú, y tuvo así ocasión de advertir el peligro que la doctrina y el poderío bolchevique representaban para el mundo occidental. Considerando, pues, a la Alemania nazi como el más firme valladar contra la expansión del comunismo, se hallaba dispuesto a favorecer el triunfo de aquella nación por todos los medios a su alcance. Merced a su amistad con Alfred Rosenberg, fue recibido el 14 de diciembre por el Führer, a quien expuso la conveniencia de

(28) Véase F. H. HINSLEY (Ob. y ed. cit., págs. 97-98).

(29) *Memorias* (Ed. cit., P. I, T. 2, pág. 155).

(30) *Ibid.*, pág. 159.

adelantarse a los planes británicos, ocupando los principales puntos estratégicos de Noruega, operación que podría realizarse a poca costa y con escasos efectivos, contando con el factor sorpresa y la cooperación de los numerosos simpatizantes del nazismo que existían en dicho país (31).

Convencido por tales explicaciones, Hitler ordenó al Estado Mayor de la Marina la preparación del llamado *Weserübung* («Ejercicio Weser») para la ocupación de Noruega, en combinación con fuerzas del Ejército y de la Luftwaffe, subordinando su ejecución a la de la campaña contra Francia.

Diversas circunstancias obligaron, sin embargo, a conceder la prioridad al «Ejercicio Weser». En primer lugar, la intervención militar aliada en Escandinavia se anunciaba cada vez más inminente. So pretexto de socorrer a Finlandia, tres o cuatro divisiones británicas se hallaban preparadas en 5 de febrero de 1940 para desembarcar en Nárvik, Trondhøim y Bergen (32). Por otra parte, el tiempo brumoso, que obligaba a retrasar las operaciones en el frente occidental, resultaba, en cambio, extremadamente favorable para disimular la marcha de los convoyes marítimos alemanes a la observación enemiga naval y aérea. Y, finalmente, la descarada violación de la neutralidad noruega por parte de la Marina de guerra inglesa, al penetrar en el fiordo de Jössing para atacar al mercante germano «Altmark» (17 de febrero del mismo año), acabó por decidir al Führer a no demorar por más tiempo la maniobra prevista para adelantarse a la iniciativa aliada. A tal fin, el 20 de febrero le fue encomendado al General von Falkenhorst el mando supremo de la expedición, y en 1 de marzo siguiente se dieron las órdenes definitivas para la realización del plan en el momento que las autoridades navales estimasen favorable (33).

Poco después (el 12 de marzo) capitulaba Finlandia ante la aplastante superioridad soviética. Pero no por ello se suspendieron los preparativos aliados para intervenir militarmente en Escandinavia. A primeros de abril, tales preparativos se consideraban ya suficientemente adelantados para llevarlos a la práctica en un plazo más o

(31) Entre ellos, se contaba el famoso novelista Knut Hamsun, premio Nóbel de Literatura en 1920.

(32) Véase CHURCHIL: *Memorias* (Ed. cit., P. I, T. 2, págs. 174-175).

(33) *Ibid.*, págs. 178-179. Véase también F. H. HINSLEY (ob. y ed. citadas, páginas 100 y 102).

menos inmediato. Y el 8 de dicho mes, un comunicado británico anunció el minado de las aguas jurisdiccionales noruegas, como preliminar de acciones ulteriores. Pero ya ese día, las fuerzas alemanas encargadas de ejecutar el «Ejercicio Weser» se hallaban en marcha para sus respectivos destinos.

De este modo, al día siguiente, 9 de abril, destacamentos blindados y motorizados del Ejército germano ocupaban por completo el territorio danés, mientras que otras fuerzas de la misma nacionalidad, transportadas por vía marítima o aérea, tomaban a su vez posesión de la capital de Noruega y de los puertos más importantes de esta nación, desde Arendal a Nárvik (véase croquis n.º 6).

El Gobierno danés, sorprendido por los acontecimientos, tuvo que inclinarse ante los hechos consumados. Pero el rey y el Gobierno de Noruega decidieron resistir, y, con tal objeto, se retiraron al interior del país, solicitando al mismo tiempo el auxilio de las potencias aliadas, que no se hizo esperar. En efecto, como hemos dicho más arriba, tales potencias se hallaban preparadas a hacer frente a cualquier reacción alemana que pudiera suscitar el minado de las aguas noruegas. Y así, el mismo día 9, por la tarde, una importante flota británica se presentó ante Bergen. Pero los alemanes habían puesto la ciudad y el puerto en estado de defensa, y la indicada flota se vió obligada a retroceder ante un ataque en masa de la Luftwaffe, actuando desde las bases noruegas. Y algo análogo sucedió días más tarde frente a Trondheim y Nárvik.

Dueños así los alemanes de los principales puertos noruegos, sólo les quedaba a los aliados la posibilidad de desembarcar a su vez en otros puntos intermedios menos favorables, para intentar aislar unas de otras las bases del contrario y atacarlas después sucesivamente.

A tal finalidad respondió el desembarco en Andalsnes y Namsos del Cuerpo expedicionario anglofrancés que se hallaba preparado a intervenir en Escandinavia. La totalidad de las fuerzas aliadas desembarcadas en ambos puntos alcanzaba la cifra de 20.000 hombres, que unidos a los contingentes noruegos de la región, podían enfrentarse con ventaja a los destacamentos alemanes diseminados en bases muy alejadas entre sí. Esta superioridad aliada era especialmente sensible en el sector de Trondheim, donde unos 10.000 soldados germanos se veían obligados a defender una zona muy extensa.

Pero los jefes aliados no supieron aprovecharse a tiempo de

tal superioridad, y con su conducta extremadamente circunspecta dieron lugar a que los alemanes reforzaran por vía aérea la guarnición de Trondheim, que se halló muy pronto en condiciones de operar por líneas interiores, alejando todo peligro inmediato y poniendo a la ciudad y sus accesos al abrigo de un golpe de mano.

Mientras tanto, las tropas alemanas desembarcadas en Oslo habían recibido también considerables refuerzos, que permitieron a su jefe, General von Falkenhorst, iniciar una serie de operaciones para despejar los alrededores de la capital y enlazar entre sí las diferentes bases conquistadas previamente.

De este modo, en la segunda mitad de abril, el núcleo principal de las tropas alemanas logró enlazar con las guarniciones de Bergen y Trondheim, y obligó a reembarcarse del 1 al 3 de mayo a los contingentes aliados que habían logrado tomar tierra en Andalsnes y Namsos, después de haberlos derrotado en sucesivos encuentros.

La lucha continuó, sin embargo, durante algún tiempo, en el sector de Nárvik, al norte del país, donde un pequeño destacamento de tropas alpinas alemanas, mandado por el General Dietl y reforzado posteriormente con marinos y paracaidistas hasta un total de 4.500 hombres, se defendió heroicamente durante dos meses contra fuerzas anglofranconoruegas cinco veces superiores.

A pesar de tan aplastante superioridad, las tropas aliadas no consiguieron entrar en Nárvik hasta el 28 de mayo. Pero la resistencia alemana se mantuvo en las alturas que dominaban la ciudad. En vista de lo cual, y del empeoramiento de la situación general, tanto en Noruega como en otros frentes, el Mando supremo aliado resolvió desistir de una empresa tan inútil como costosa.

La expedición francoinglesa se reembarcó, pues, en Nárvik y sus alrededores del 3 al 9 de junio, bajo la acción de la flota y la aviación germanas, que tuvieron ocasión de hundir al portaaviones británico «Glorious», junto con dos destructores, un petrolero y un transporte de la misma nacionalidad.

Así terminó la campaña de Noruega, que constituyó un nuevo éxito de la «guerra relámpago», desarrollada con pequeños efectivos y en la que el principal papel correspondió esta vez a las fuerzas navales, aéreas y aerotransportadas germanas, que colaboraron de una manera perfecta, actuando con gran decisión, rapidez y espíritu de sacrificio.

El mismo Churchill reconoce que «la superioridad de los alemanes en el planteamiento, dirección y energía, era obvia». Y añade

poco después: «La ventaja que individualmente tenían los alemanes sobre nosotros era muy acusada, sobre todo en la actuación de pequeños destacamentos... En la campaña noruega, nuestras mejores tropas —la guardia irlandesa y escocesa— quedaron desconcertadas por el vigor, instrucción e iniciativa de los jóvenes hitlerianos» (34).

4) *La campaña de Francia.*

Los siete meses que transcurrieron entre la concepción y la ejecución del designio de Hitler de atacar en el Oeste permitieron perfeccionar, a un tiempo, el plan de la ofensiva y la instrucción de las tropas encargadas de ejecutarla.

Efectivamente, el primitivo *Fall Gelb* fue objeto de severas críticas por parte del General von Manstein, jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos A, dirigido por el General von Rundstedt y encargado de cubrir el flanco izquierdo de la masa principal de maniobra constituida por el Grupo de Ejércitos B, mandado a su vez por el General von Bock.

T. M.

Estimaba von Manstein que la ofensiva alemana no debía contentarse con un éxito parcial, sino que debía tender a la rápida eliminación de las fuerzas armadas adversarias. A tal fin el centro de gravedad del esfuerzo germano debía situarse al Sur de la línea Lieja-Charleroi (véase croquis núm. 7), y no al Norte de la misma; pues, en este caso, dada la información que se tenía del despliegue aliado, aquel esfuerzo conduciría probablemente a un encuentro frontal, en el que, todo lo más, se conseguiría rechazar al enemigo, pero no destruirlo. En cambio, un ataque al Sur de dicha línea, efectuado en masa y por sorpresa, con gran cantidad de medios motorizados, a través de la región de las Ardenas, permitiría alcanzar fácilmente la desembocadura del Somme y caer sobre la retaguardia de las fuerzas enemigas empeñadas en Bélgica, cortándoles así la retirada y obligándoles a capitular.

Convencido por tales razonamientos, el General von Rundstedt se decidió a patrocinar las ideas de su subordinado, elevando en 31 de octubre de 1939, al Mando Supremo del Ejército de Tierra, una memoria en la que se contenían las bases fundamentales del nuevo plan. Pero tanto von Brauchitsch como Halder seguían mostrándose escépticos acerca de las probabilidades de éxito de una

(34) *Memorias* (Ed. esp. cit., P. I. T. 2, págs. 270-271).

ofensiva alemana en el Oeste, y preferían atenerse al plan antiguo, que ofrecía según ellos menos riesgos; limitándose a hacer en él ligeros retoques y reservándose cambiar el centro de gravedad del ataque en el curso de la operación, si las circunstancias lo exigían (35). Frente a tales evasivas alegaba von Manstein que el plan alemán se basaba en el supuesto de sorprender al enemigo, y recordaba a este propósito el aforismo de Moltke «el viejo», según el cual, «un error cometido en el primer despliegue, ya no tiene remedio».

Von Manstein continuó, pues, insistiendo en sus opiniones cerca del Mando Supremo del Ejército; insistencia que le valió su destitución como jefe de E. M. del Grupo de Ejércitos A y su destino al mando de un Cuerpo de Ejército de segunda línea. Pero el 17 de febrero de 1940 tuvo ocasión de exponer su plan al Führer, quien —al decir de von Manstein— se compenetró «con extraordinaria presteza de los puntos de vista que el Grupo de Ejércitos trataba de imponer desde hacía meses», mostrándose en todo de acuerdo con lo expuesto por el citado General. En su virtud, con fecha 24 del mismo mes y año, fue cursado a los jefes de los Grupos de Ejércitos A, B y C un nuevo *Fall Gelb* (V de los que fueron redactados con tal denominación), que fue el que los alemanes pusieron realmente en ejecución el 10 de mayo de 1940 (36).

De acuerdo con el nuevo plan, las tropas alemanas concentradas en el frente occidental quedaron organizadas en la siguiente forma (véase croquis núm. 7):

Grupo de Ejércitos B (General von Bock), integrado por dos Ejércitos (XVIII y VI), desplegados desde la bahía de Dollart a la región de Aquisgrán, con la misión de ocupar rápidamente Holanda y aislar al ejército holandés del resto de las fuerzas aliadas;

(35) El primitivo *Fall Gelb* experimentó sucesivas modificaciones en 29 de octubre y 15 de noviembre de 1939, y 30 de enero de 1940; sin que tales modificaciones afectaran sustancialmente al primitivo orden de despliegue y a la idea de maniobra.

(36) Acerca de todo ello, véanse la obra del Mariscal von MANSTEIN: *Victorias frustradas* (ed. esp. cit., Cap. V, pág. 81-108 y Apéndices 3.º al 8.º inclusive), cuya versión se halla confirmada en lo esencial por las del General GUDERIAN: *Recuerdos de un soldado* (ed. esp. cit., págs. 53-54) y GUENTHER BLUMENTRITT: *El Mariscal von Rundstedt* (ed. esp. cit., págs. 52-56), así como el interesante y bien documentado artículo de JEAN VANWELRHUYZEN: *Le plan allemand du 24 février 1940* (*Revue Historique de l'Armée*, núm. 4, 1956, págs. 83-88).

rompiendo después las defensas de la frontera belga y rechazando al enemigo más allá de la línea Amberes-Namur.

Grupo de Ejércitos A (General von Rundstedt), compuesto de tres Ejércitos (IV, XII y XVI) y de una fuerte agrupación de fuerzas blindadas y motorizadas, que se extendían desde la región de Aquisgrán hasta el Mosela, y debían forzar cuanto antes el paso del Mosa entre Dinant y Sedán, cubriendo el flanco izquierdo del ataque general contra cualquier reacción enemiga procedente de la región Metz-Verdún. Acto seguido, este Grupo de Ejércitos avanzaría rápidamente hacia la desembocadura del Somme, tomando de revés la zona fortificada de la frontera franco-belga.

Grupo de Ejércitos C (General Ritter von Leeb), constituido por dos Ejércitos (I y VII), que cubría el frente entre el Mosela y la frontera suiza, con la misión de entretener a las fuerzas enemigas de dicho sector y pasar al ataque en el momento oportuno.

Contando con las reservas inmediatas, los alemanes disponían inicialmente en el Oeste de 104 Divisiones (diez de ellas blindadas y cuatro motorizadas), apoyadas por unos 3.500 aviones, frente a 135 Divisiones aliadas (94 francesas, 10 inglesas, 1 polaca, 22 belgas y 8 holandesas), apoyadas por unos 1.500 aviones (37).

Como se deduce de estas cifras, los alemanes no contaban al comienzo de su ofensiva con ninguna superioridad cuantitativa, a no ser en el dominio aéreo, e, incluso, sus fuerzas terrestres eran numéricamente inferiores. Pero su ventaja en el orden cualitativo era sin duda muy grande, tanto por lo que se refiere a la capacidad de sus mandos, como a la instrucción y moral de sus tropas.

Tampoco su superioridad en fuerzas blindadas resultaba agobiante. Según el comentarista inglés Liddell Hart: «Mientras los franceses calculaban que los alemanes tendrían de 7.000 a 8.000 tanques, ahora sabemos que eran menos de la mitad de esa cifra, de los cuales sólo 2.800 se utilizaron en la primera y decisiva fase de la invasión. Pero fueron utilizados con un máximo de ventaja. Los franceses tenían casi igual número de tanques, pero no eran tan móviles; estando, además, la mayoría diseminados en pequeños

(37) Según las cifras citadas por el General CHASSIN: *Histoire Militaire de la Seconde Guerre Mondiale* (Nouvelle édition revue et augmentée, Payot, Paris, 1951, pág. 42) y CHURCHILL: *Memorias* (ed. española cit., II Parte, Toma I, pág. 46). Véase también A. GOLAZ: Art. cit., *Revue Historique de l'Armée*, núm. 3, de 1957, págs. XIII-XIV.

destacamentos, en lugar de tenerlos reunidos para un golpe poderoso. Los Generales franceses aún se asían a la idea de 1918 de que los tanques eran los servidores de la infantería» (38).

El éxito de la ofensiva alemana en el Oeste no se debió, pues, a la fuerza del número, sino a las excelencias de un plan ingeniosamente concebido y magistralmente ejecutado, que permitió dividir a las fuerzas enemigas, inicialmente superiores, en diversos trozos que fueron batidos sucesivamente.

Tal éxito fue desde luego favorecido por la fatal decisión del Mando Supremo aliado de poner en ejecución el llamado «plan Dyle», que consistía en penetrar en los Países Bajos con su *Grupo de Ejércitos número 1*, constituido por sus mejores tropas (1.º, 7.º y 9.º Ejércitos franceses y Cuerpo Expedicionario Británico) para apoyar la resistencia de los holandeses y belgas sobre la línea Breda-Amberes-Lovaina-Namur-Sedán. Pero el formidable empuje de las fuerzas blindadas alemanas a través de las Ardenas rompió precisamente el pivote en torno del cual se efectuaba la maniobra aliada, con lo que aquel Grupo de Ejércitos quedó aislado de los demás, al alcanzar los atacantes la desembocadura del Somme en Abbeville.

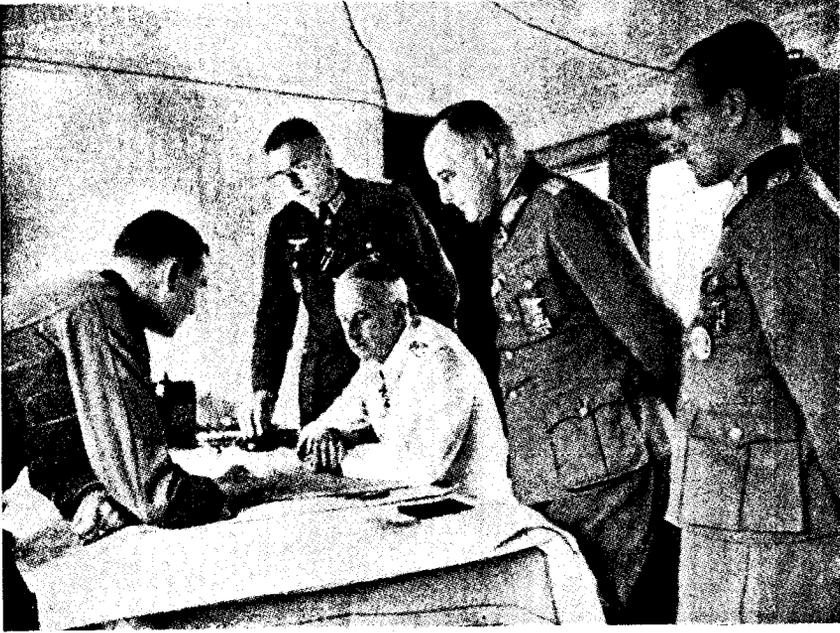
De este modo, treinta y nueve divisiones aliadas, en unión del ejército belga, fueron acorraladas entre la línea del Escalda y la costa del Mar del Norte, siendo reducidas a un espacio cada vez más estrecho, hasta que la mayor parte de ellas se vio obligada a capitular (39).

Cierto es que 224.585 hombres del Cuerpo Expedicionario Británico y 112.546 franceses (40) consiguieron reembarcarse del 27 de mayo al 4 de junio, en las playas de Dunkerque, para Inglaterra, pese a la acción de hostigamiento encomendada al XVIII ejército alemán, apoyado por la Luftwaffe. La evacuación de tales contin-

(38) *Defensa de Europa* (Ed. española Ateneo, México, D. F., pág. 11). A. GOLAZ, en su artículo anteriormente mencionado (Tableau J) señala la cifra de 2.574 carros de combate y 700 autos blindados prácticamente disponibles por los alemanes en 10 de mayo de 1940.

(39) El ejército holandés se había rendido ya el 14 de mayo. Incluyendo los efectivos de este ejército, el total de prisioneros capturados por los alemanes en esta primera fase de su ofensiva en el Oeste alcanzaba la cifra de 1.200.000.

(40) Según las cifras del Ministerio de la Guerra británico (Vid: *Les opérations du corps expéditionnaire anglais en mai 1940, Revue Militaire Suisse*, juillet 1944, pág. 348).



EL MARISCAL VOX MANSTEIN

En el «coche de mando» con varios de sus colaboradores.

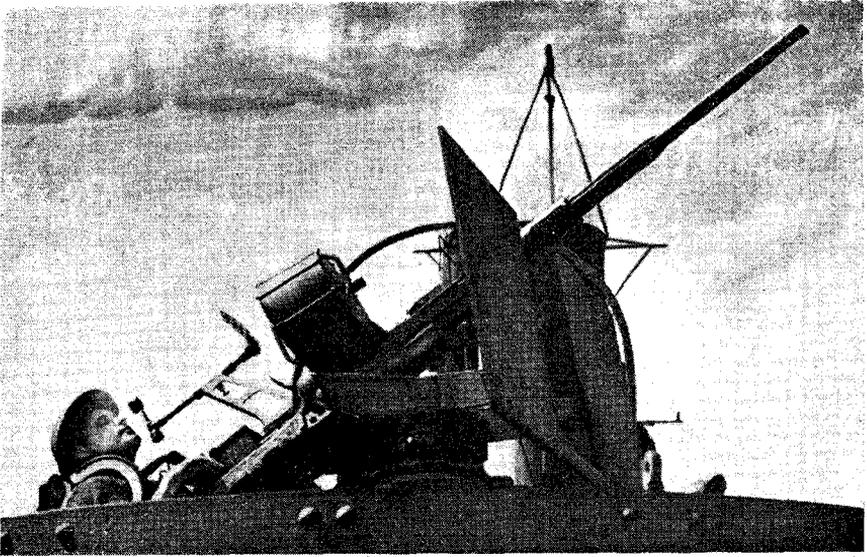
(De *Victorias frustradas*, libro escrito por dicho mariscal).



EL MARISCAL VOX MANSTEIN

Hablando con el general rumano Dimitrescu.

(De la misma obra).



LA BATALLA DE INGLATERRA

Cañón Oerlikon, de pequeño calibre, montado en un dragaminas para la defensa antiáerea de la Gran Bretaña.

(De las *Memorias* de Churchill).



LA BATALLA DE INGLATERRA

Puesto de observación antiáereo, en el tejado de un edificio londinense.

(De la misma obra).

gentes se hizo posible, debido a la orden cursada el 25 de mayo por el Alto Mando germano de que sus fuerzas blindadas no intervinieran en la reducción de la bolsa de Dunkerque.

Pero los comentaristas de uno y otro bando no se han puesto todavía de acuerdo sobre el verdadero responsable de aquella iniciativa y los motivos que la inspiraron. Por lo general, los comentaristas alemanes (Halder, Guderian, von Manstein y Westphal, entre otros) atribuyen tal iniciativa al Führer; pero los británicos, como Cyril Falls (41) y el propio Churchill (42), se la achacan a von Rundstedt, fundándose en el *Libro de Ordenes* de este mariscal, incautado por los vencedores después de la guerra. Guenther Blumentritt defiende a su jefe de tal imputación, alegando que si fue el primero en dar la orden, lo hizo en cumplimiento de instrucciones de Hitler transmitidas por teléfono desde el Cuartel General y confirmadas después por telegrama (43).

En cuanto a los motivos que tuviese el Führer para dictar tales instrucciones, difiere también la opinión de los comentaristas. Alegan unos la creencia infundada del caudillo alemán de que el terreno en torno de Dunkerque no se prestaba a la maniobra de los carros y de que éstos necesitaban ser reparados antes de pasar a la segunda fase de la ofensiva. Sospechan otros que Göring quiso recabar para la Luftwaffe la gloria de aniquilar por sí sola a las fuerzas británicas; lo que revela un total desconocimiento de las posibilidades y servidumbres de la Aviación (especialmente, por la noche o en tiempo brumoso), que resulta inverosímil en un piloto tan experto. No faltan, por último, los que aseguran que Hitler quiso evitar a Inglaterra la vergüenza de una completa derrota, para facilitar la reconciliación con ella. Así opinan, entre otros muchos, el propio Blumentritt (44), Liddell Hart (45) y Fritz Hesse (46).

(41) Prefacio a la obra de SIEGFRIED WESTPHAL y otros: *Batallas cruciales de la Segunda Guerra Mundial* (Ed. española de Luis de Caralt, Barcelona, 1957, pág. 9).

(42) *Memorias* (Ed. esp. cit., Parte II, Tomo I, págs. 100-101).

(43) Ob. y ed. cit., págs. 65-66.

(44) *Ibid.*, pág. 67.

(45) *The other Side on the Hill* (Londres, 1946). Traducido al castellano con el título: *Los generales alemanes hablan* (Ediciones Ateneo, México, 1952).

(46) *Intriga sobre Alemania* (Ed. esp. cit., págs. 254-256). La opinión de Hesse es importante, porque en mayo de 1940 desempeñaba las funciones de

A nuestro juicio, esta opinión resulta la más probable, porque es la que se halla más de acuerdo con la conducta posterior del Führer. En efecto, si éste se hubiera propuesto invadir seguidamente Inglaterra, el aniquilamiento de las fuerzas británicas en Dunkerque constituía una premisa indispensable. Pero si pensaba ofrecer la paz a dicha nación —como realmente lo hizo—, era lógico que le tendiese la mano con un gesto generoso.

Por otra parte, creemos que la importancia de tal incidente se ha exagerado mucho. La salvación de unos 225.000 hombres (aproximadamente, las nueve décimas partes) del Cuerpo Expedicionario Británico (47) no influyó sensiblemente en el curso ulterior de la guerra. Porque dichos hombres llegaron a Inglaterra prácticamente desarmados y agotados física y moralmente, necesitándose varios meses para devolverles su eficiencia combativa. Hitler no habría vacilado en desembarcar en aquella nación, si sólo hubiese tenido que vencer tal resistencia. Pero la verdadera salvaguardia de las Islas Británicas residía en su poderosa *Home Fleet*, que se hallaba todavía intacta, y bajo cuya protección podían los ingleses sentirse a cubierto de las amenazas de un enemigo desprovisto de una fuerza naval apreciable.

El 5 de junio se inició la segunda y última fase de la campaña de Francia, en la que los alemanes disponían ya de una superioridad numérica indiscutible; pues, a las 130 Divisiones, que alinearon desde la desembocadura del Somme a la frontera suiza, sólo pudieron oponer los franceses aproximadamente la mitad, incluida esta vez la escasísima aportación de sus aliados ingleses.

De esta manera, entre el 9 y el 11 del mismo mes, los alemanes lograron abrir una amplia brecha en el centro del dispositivo enemigo, por la cual penetraron en tromba sus Divisiones blindadas, que fueron acorralando los restos de las fuerzas francesas hacia el Sudoeste, sobre las costas del golfo de Gascuña, y hacia el Sudeste,

Consejero Relator de Legación en el Cuartel General del Führer y se hallaba bien informado de las intenciones de éste a través de Hewel, su confidente en política extranjera.

(47) Los 112.546 franceses evacuados también de Dunkerque fueron desembarcados poco después en las costas de Normandía, donde se vieron envueltos en la derrota final de su patria, cayendo casi todos ellos prisioneros de los alemanes (Véase General FAGALDE: *L'agonie d'un Corps d'armée*, *Revue Militaire Suisse*, núms. 9, 10 y 11 de 1952).

contra la cordillera del Jura y la frontera suiza (véase croquis número 7).

Mientras tanto, Italia declaraba también la guerra a los aliados, con lo cual la ya difícil situación de Francia se hizo desesperada. El 14 de junio cayó París en poder de los alemanes, y el Gobierno francés de Reynaud, refugiado en Burdeos, dirigía apremiantes demandas de socorro a Inglaterra y los Estados Unidos, que estos países no pudieron entonces atender.

En vista de lo cual, el jefe del Estado francés M. Lebrun encargó al veterano Mariscal Pétain de formar un nuevo Gobierno, con la penosa misión de solicitar del enemigo un armisticio que se estimaba inaplazable.

El Führer accedió a tal demanda, y el 21 de junio de 1940 se firmó en Compiègne un armisticio franco-alemán, que a la luz de los acontecimientos posteriores, se ha revelado extremadamente generoso con el vencido. En efecto, no son pocos los comentaristas alemanes de la postguerra (entre ellos, Guderian, von Manstein y Kesselring) que reprochan a Hitler no haber exigido de Francia la entrega de su flota y la ocupación de sus territorios norteafricanos.

Ahora bien, Hitler se hallaba obsesionado por la esperanza de una pronta paz con Inglaterra; esperanza que era compartida por Mussolini, ya que los hechos han demostrado que Italia no estaba preparada para la guerra, y si entró en ella —cuando creía que estaba en sus postrimerías— fue para llamarse a la parte en el botín.

Esta creencia de ambos caudillos totalitarios, que revela una inexacta apreciación de la tenacidad inherente al carácter inglés, tal vez puede parecernos hoy sobradamente ingenua. Pero Hitler no podía comprender que tal tenacidad llegase a extremarse en un conflicto en que los intereses vitales del Imperio Británico no estaban aparentemente en juego (48).

De acuerdo con tal creencia, en su discurso ante el Reichstag de 19 de julio de 1940, volvió a ofrecer la paz al pueblo inglés, en los siguientes términos: «En esta hora me siento obligado ante mi conciencia a apelar una vez más a la razón y al sentido común, tan-

(48) Así lo creía él, que no se cansó de ofrecer su amistad a tal imperio, y así lo creen también hoy muchos comentaristas británicos, como Fuller, Liddell Hart, Rusell Grenfell y F. H. Hinsley, que consideran que Inglaterra se dejó arrastrar en 1939, por primera vez en su historia, a una contienda de tipo ideológico ajena a sus verdaderos intereses.

to en la Gran Bretaña como en otras partes (los Estados Unidos). Me considero en buena situación para dirigir esta exhortación, ya que no soy un enemigo vencido que implora clemencia, sino un vencedor que habla en nombre de la razón. No veo motivo alguno para que esta guerra continúe. Me duele pensar en los terribles sacrificios que exigirá...» (49).

Esta oferta —que fue seguida de gestiones diplomáticas a través de Suecia, los Estados Unidos y el Vaticano— no podía ser de momento más explícita, so pena de que fuera interpretada como una confesión de debilidad. Pero no cabe dudar que las proposiciones que Hitler pensaba ofrecer subsiguientemente a Inglaterra, no sólo resultaban honrosas, sino hasta ventajosas para los intereses británicos (50). Porque el caudillo alemán necesitaba terminar a cualquier precio una guerra «que no había querido» y que le distraía de su principal objetivo, «la expansión hacia el Este», donde se encontraba su principal adversario, no por solapado menos temible.

Pero la terminante repulsa dada el 22 de julio por Lord Halifax en nombre del Gobierno británico (presidido ya por Churchill) a la oferta de Hitler, impidió que tales proposiciones llegaran a tomar estado, y obligó al caudillo alemán a estudiar los medios de domeñar por la fuerza la resistencia de tan molesto enemigo.

5) *Alemania e Inglaterra frente a frente.*

Hasta la caída de Francia, opina Hinsley que los planes estratégicos del Führer habían sido «perfectamente estudiados y llevados a la práctica con gran maestría» (51). Pero, a partir de entonces, la situación con que tuvo que enfrentarse se hizo más compleja, a causa de las dificultades que implicaba el atacar a un enemigo, como el Imperio británico, cuyos centros vitales se encontraban allende el mar, y, por lo tanto, fuera del alcance eficaz de los principales elementos bélicos de que disponía Alemania.

Como jamás había deseado un choque con tal imperio, Hitler no

(49) CHURCHILL: *Memorias* (Parte II, Tomo, I, pág. 317).

(50) Así parece deducirse de las confidencias que Hitler hizo a von Rundstedt poco antes de la evacuación de Dunkerque, recogidas por GUENTHER BLUMENTRITT (ob. cit., pág. 67) y de las declaraciones de Ribbentrop ante el tribunal de Nuremberg, transcritas por F. H. HINSLEY (ob. cit., pág. 156).

(51) Ob. y ed. cits., pág. 123.

estaba preparado para luchar con él. En efecto, todo su programa de rearme se hallaba orientado a la lucha con un adversario continental, como Rusia, y no con una potencia esencialmente marítima, como Inglaterra. En su deseo de llegar a un entendimiento con ella, ya hemos visto que Hitler había limitado voluntariamente su rearme naval, supeditándolo al desarrollo de sus fuerzas terrestres y aéreas de apoyo táctico. Y por ello, en el verano de 1940, carecía de medios eficaces de vencer la obstinación británica de proseguir una lucha que perturbaba e incluso ponía en peligro la realización de sus planes ulteriores.

No es de extrañar así que la voluntad del Führer se muestre durante aquel verano indecisa y vacilante entre las diversas soluciones —ninguna de ellas fácil ni prometedor— que se le ofrecían para obviar aquella dificultad.

La primera solución —propuesta desde hacía tiempo por el Gran Almirante Raeder— consistía en minar la resistencia de la Gran Bretaña, bloqueando de un modo efectivo sus comunicaciones marítimas. Para lo cual, el medio más eficaz de que disponían los alemanes era su arma submarina, a cuyo desarrollo empezó Hitler a conceder por entonces la debida atención. Pero los efectos de tal arma sólo se harían sentir a largo plazo; y, mientras tanto, el panorama estratégico de Alemania podría empeorarse notablemente con la entrada en liza de nuevos enemigos tan temibles como los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Indudablemente, el procedimiento más rápido y expeditivo de solventar el problema era la invasión y conquista de las Islas Británicas, que eliminaría toda amenaza inmediata sobre Alemania y los territorios europeos por ella dominados o sometidos a su influjo. Pues, aunque el Gobierno británico se trasladase al Canadá y pretendiera continuar la lucha desde allí, con el apoyo de los Estados Unidos, el Atlántico podía considerarse aún como un obstáculo insuperable para las grandes empresas bélicas, sin disponer de bases intermedias adecuadas.

Ahora bien, el éxito de una invasión de Inglaterra por parte de Alemania resultaba muy dudoso, dada la manifiesta inferioridad de la flota germana en relación con la británica, cuya previa destrucción o neutralización constituía un requisito indispensable del desembarco. Por tales razones, el Gran Almirante Raeder se mostraba muy escéptico acerca del resultado de la empresa, y su opinión era compartida por la mayoría de los altos mandos del Ejército. Sin

embargo, el Estado Mayor de la Luftwaffe entendía que la superioridad naval del enemigo podría compensarse, en cierto modo, con la superioridad aérea propia. En vista de lo cual, el Führer ordenó en 16 de julio que los Estados Mayores de las tres fuerzas armadas estudiaran las posibilidades de un desembarco por sorpresa en un amplio frente, que se extendía desde Ramsgate hasta el Oeste de la isla de Wight (véase croquis n.º 8), el cual habría de efectuarse en cualquier momento a partir del 15 de agosto, después de haber sido eliminadas previamente las fuerzas aéreas británicas (52). La operación en proyecto fue designada con el nombre clave *Seelöwe* («León Marino»).

Raeder hizo constar que la misión encomendada a la Marina de guerra del Reich era desproporcionada a sus fuerzas. Y Hitler reconoció en 21 de julio que la empresa resultaba «extremadamente peligrosa»; pues no se trataba de cruzar de una vez el Canal de la Mancha —lo que podría lograrse con un golpe de mano afortunado—, sino de mantener expedito el paso durante cierto tiempo para la llegada de refuerzos y abastecimientos, frente a la constante amenaza de la poderosa y agresiva flota enemiga. Por otra parte, la operación debería estar terminada para el 15 de septiembre, época a partir de la cual no podía contarse con tiempo favorable. De no estar ultimados para entonces los preparativos más indispensables habría, pues, que considerar otros planes (53).

En 29 de julio, en vista de los reparos expuestos por la Marina, el Ejército redujo las fuerzas destinadas a la primera oleada de desembarco, de 25 Divisiones a sólo 13, aunque insistía en realizar la operación en un amplio frente desde Ramsgate a Lyme Bay. Pero la Marina consideraba aún tal frente demasiado extenso; llegándose por último a un acuerdo en el que se preveían tres zonas principales de desembarco entre Folkestone y Beachy Head, y una secundaria entre Brighton y Selsey Bill (54).

El 1 de agosto se dieron órdenes a la *Luftwaffe* de intensificar la acción aérea sobre Inglaterra, como preliminar de la invasión; atacando para ello las defensas aéreas y la navegación enemiga a lo largo del Canal; destruyendo a la caza británica en el aire o en

(52) Vid. F. H. HINSLEY: Ob. y ed. cit., págs. 133-134.

(53) *Ibíd.*, págs. 135-136.

(54) *Ibíd.*, págs. 137-143.

el suelo, e inutilizando las grandes zonas portuarias y centros industriales del país.

Esta ofensiva aérea de la *Luftwaffe* se inició el 8 de agosto, tropezando desde el primer momento con una encarnizada resistencia por parte de la R. A. F., que aunque inferior en número (55), disfrutaba de indudables ventajas de orden táctico sobre la aviación adversaria, por combatir sobre territorio propio, disponer de un tipo de aviones de caza (el *Spitfire*) superior al alemán y contar, además, con un arma defensiva de tanta eficacia como el *Radar*, desconocida entonces por el bando opuesto. Debido a todo lo cual, a fines del mes de agosto era de prever que los alemanes no llegarían a alcanzar sobre la zona del Canal la supremacía aérea que se requería para garantizar el éxito de la invasión (56). Y, de este modo, la fecha fijada en principio para la misma experimentó sucesivos aplazamientos, hasta que, en 17 de septiembre, decidió Hitler suspender la operación *Seelöwe* por tiempo indefinido.

Se ha censurado al Führer por no haber intentado siquiera tan arriesgada operación. Pero la situación de Alemania no resultaba entonces tan desesperada como para «jugárselo todo a una carta», con tan escasas probabilidades de éxito. Y, sobre todo, quedando aún otras «cartas» por jugar.

Entre ellas, se encontraba la ocupación y dominio de la cuenca mediterránea (véase croquis n.º 9), que podía realizarse en gran parte por vía terrestre, a través de las penínsulas hispánica, italia-

(55) Ateniéndonos a los datos consignados por CHURCHILL, en sus *Memorias* (Ed. esp. cit., P. II, Tomo II, págs. 13 y 503), la *Luftwaffe* contaba en agosto de 1940 con 2.669 aparatos de todos los tipos (de los cuales, no todos se emplearon contra Inglaterra), frente a 1.601 de que disponía la R. A. F.

(56) Aunque la *Luftwaffe* fracasó en su objetivo estratégico de conseguir la absoluta supremacía aérea a que aspiraba, estuvo muy lejos de experimentar la derrota táctica de que nos hablan sus adversarios. Pues la cifra de 1.733 aviones alemanes derribados desde mediados de julio a fines de octubre de 1940 resulta demasiado crecida, ya que representaría el 65 por 100 de los efectivos totales de la *Luftwaffe* en el mismo período, lo que la hubiera incapacitado para seguir actuando de un modo intenso sobre territorio enemigo —como efectivamente lo hizo— durante el invierno de 1940 a 1941, y para intervenir después con gran eficacia en las campañas de los Balcanes y de Rusia. Según el Mariscal Kesselring —que dirigió la ofensiva aérea contra Inglaterra—, las pérdidas alemana durante la misma fueron, en realidad, muy poco superiores a las inglesas: 800 aviones contra 733 (Vid. *Memorias*, Edición española AHR, tomo I, pág. 151).

na y balcánica, por donde se alcanzan fácilmente las principales llaves de dicha cuenca: el estrecho de Gibraltar, el canal de Sicilia, los pasos del Bósforo y los Dardanelos, y el canal de Suez. El éxito de esta operación, sin resultar tan decisivo como la conquista de la Gran Bretaña, hubiera debilitado considerablemente la posición de este país, al cortarle la comunicación directa con sus ricos dominios del Indico y el Pacífico, y hubiese reforzado, al mismo tiempo, la posición del Eje, asegurando su flanco meridional contra cualquier reacción del adversario.

Por tales razones, tanto Guderian, como Raeder y Goring, se mostraban partidarios de esta solución (57); consiguiendo al fin que el Führer se decidiera a estudiarla, después de haber renunciado al asalto directo de Inglaterra.

En líneas generales (58), la citada operación debía realizarse durante el invierno de 1940 a 1941, y en ella intervendrían tres Grupos de Ejércitos. El primero de los cuales actuaría a través de España, con objeto de ocupar Gibraltar, Marruecos y Argelia; el segundo, en unión de las tropas italianas, ocuparía Malta y Túnez, avanzando después por la costa de Libia en dirección del canal de Suez; donde confrontaría con el tercero, que, atravesando Rumania, Bulgaria y Turquía, Siria y Palestina, se dirigiría hacia el mismo punto (véase croquis n.º 9).

Pero, al lado de sus innegables ventajas, la operación ofrecía no pocos inconvenientes y dificultades de orden diplomático y militar. Se requería, en primer término, la cooperación o el consentimiento de España, la Francia de Vichy, Rumania, Bulgaria y Turquía; pues, de otro modo, habría que vencer resistencias más o menos grandes, que obligarían a empeñar durante cierto tiempo en el escenario mediterráneo una parte considerable de las fuerzas armadas alemanas, descuidando otras regiones de importancia estratégica equivalente, si no mayor, como la costa atlántica desde el Cabo Norte al Bidasoa, abierta a las incursiones inglesas, o la

(57) Por lo que se refiere al primero, véanse sus *Reflexiones de un soldado* (Ed. esp. cit., págs. 83-84); en cuanto a los otros dos, pueden encontrarse las oportunas referencias en F. H. HINSLEY (ob. y ed., cits., págs. 182-184) y J. F. C. FULLER: *La Segunda Guerra Mundial 1939-1945* (Trad. esp. cit., pág. 68, nota 74).

(58) La operación, en su conjunto, no llegó a cristalizar en un proyecto definitivo, por las causas que a continuación se exponen.

frontera con la Unión Soviética, expuesta a una súbita agresión de esta potencia (59). Y, por otra parte, la misma Italia se oponía a que Alemania se inmiscuyera, a no ser como un mero auxiliar, en un teatro de operaciones en que su Alto Mando político y militar se reservaba una completa autonomía (60). Ahora bien, las aspiraciones de los distintos países interesados resultaban muy difíciles de conciliar. España e Italia, particularmente, reclamaban partes sustanciales del imperio colonial francés, que el Gobierno de Vichy pretendía conservar intacto. Y Turquía, a pesar de los sentimientos germanófilos de sus dirigentes, se hallaba enemistada con Italia a causa de la cuestión del Dodecaneso, e, incluso, tenía firmado un pacto de asistencia mutua con Inglaterra, que en cualquier momento podía verse obligada a cumplir.

No obstante, el Führer se propuso vencer tales dificultades, iniciando una serie de entrevistas personales con los jefes de Gobierno cuya cooperación se precisaba para el buen éxito de la empresa. La serie comenzó con la entrevista de Hendaya, celebrada el 23 de octubre de 1940 entre Hitler y el Generalísimo Franco, cuyo resultado no fue lo satisfactorio que el caudillo alemán se prometía, porque nuestro jefe del Estado deseaba mantener a España al margen de la guerra, y condicionó de tal modo nuestra intervención, que la hacía bastante problemática. Y no menos decepcionante resultó para el Führer la conferencia que tuvo al día siguiente, en Montoire, con el Mariscal Pétain. Pues éste se limitó a prometer que Francia defendería sus posesiones de Ultramar contra cualquier intentona de Inglaterra o de los partidarios del General De Gaulle, con tal que la extensión del imperio colonial francés no experimentara ninguna merma substancial en el momento de la paz (61).

Pero aun estos modestos y precarios resultados se malograron

(59) Véase la crítica muy aguda y certera que el Mariscal von MANSTEIN hace de tal proyecto, en su mencionada obra *Victorias frustradas* (Ed. esp. cit., págs. 143-146).

(60) Sólo la amarga prueba de la derrota obligó al Duce a aceptar, más adelante, la incómoda tutela de su aliado germano. Acerca de ello, véanse los comentarios del Mariscal KESSELRING, en sus *Reflexiones sobre la segunda guerra mundial* (Ed. esp. cit., págs. 116-119).

(61) Véanse: *Ciano's diplomatic papers* (Edited by Malcolm Muggeridge, Odhams Press Limited, Long Acre, London, 1948, págs. 398-399 y 400-401) y las *Memorias*, de CHURCHIL (Ed. esp. cit., P. II, T. 2, págs. 261-262).

a causa de la funesta decisión del Duce de atacar a Grecia el 28 de octubre, sin haber prevenido antes a su aliado. En efecto, entre ambos dictadores se había convenido en aplazar tal acción, para encuadrarla en el marco general de la ocupación del Mediterráneo. Pero Mussolini, ofendido porque Hitler hubiera enviado recientemente algunas fuerzas a Rumania, sin consultarle previamente, se desentendió de tales compromisos y se lanzó a una aventura que había de redundar en desprestigio de las armas italianas y del régimen facista (62). Pues la invasión del territorio griego, mal preparada y peor ejecutada, fracasó de un modo lamentable, creando en toda la cuenca mediterránea una situación estratégica y diplomática desventajosa para el Eje.

Efectivamente, la imprudente acción de Italia permitió a Inglaterra mejorar sus posiciones en dicha cuenca, estableciendo bases aéreas en la Grecia continental y las islas del Egeo, desde las que se amenazaban de cerca los pozos petrolíferos rumanos, fuente principal del abastecimiento de carburantes de Alemania, así como los preparativos militares de esta nación en los Balcanes. Y, al mismo tiempo, la resistencia de Turquía, de la Francia de Vichy y de España a colaborar con el Eje, se hizo cada vez más obstinada.

Los planes del Führer respecto al Mediterráneo hubieron de modificarse en consecuencia. Se renunció, desde luego, al avance sobre Suez a través de Turquía, Siria y Palestina, que ofrecía ahora muy pocas probabilidades de éxito e implicaba muchos riesgos; limitándose, por esta parte, la intervención alemana a socorrer a Italia en su lucha contra Grecia, con diez Divisiones que atacarían por sorpresa desde Bulgaria en dirección de Salónica («plan Marita»). Quedó aplazado, por lo pronto, el envío de fuerzas alemanas a Libia para ayudar a los italianos en su avance ya iniciado sobre Alejandría. Y se continuó estudiando y perfeccionando la operación que, a través de España, había de conducir a la conquista de Gibraltar y al cierre de la cuenca mediterránea por el Oeste. Con el fin de prevenir las posibles reacciones inglesas a tal operación (denominada «plan Félix»), sus objetivos se hicieron cada vez más ambicio-

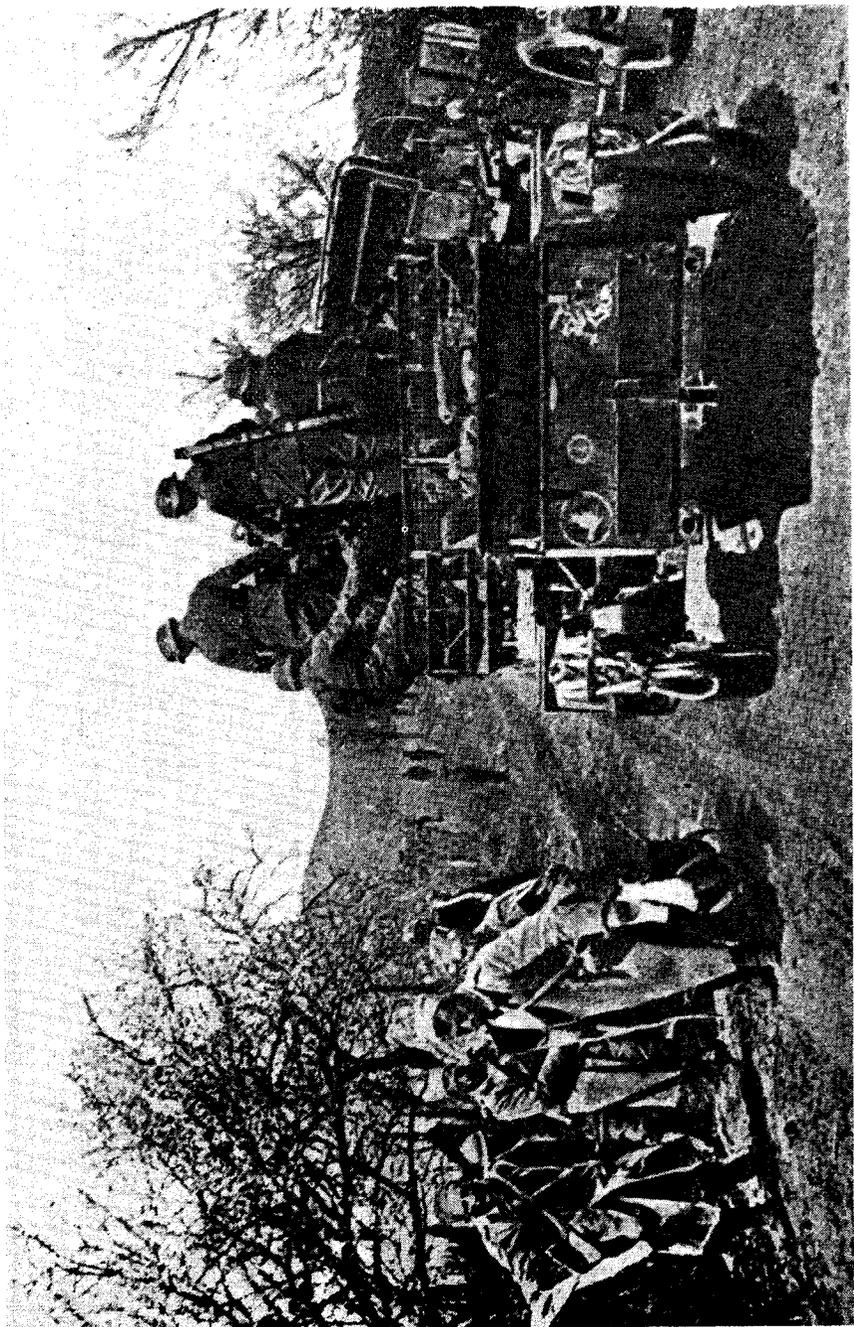
(62) Al enterarse *a posteriori* de la resolución del Duce, Hitler intentó disuadirle de ella; pero, cuando logró, al fin, entrevistarse con él en Florencia, el mismo día 28, la invasión de Grecia se había iniciado ya hacía cuatro horas (Vid. HINSLEY, ob. y ed. cit., págs. 187-188).



LA ENTREVISTA DE HENDAYA

El Generalísimo Franco y Adolfo Hitler se saludan.

(Cortesía de la Agencia Cífrax).



LA CAMPAÑA DE LOS BALCANES

Tropas germanas avanzando motorizadas, junto a fuerzas yugoslavas en derrota.

(De las *Memorias* de Churchill).

sos, proponiéndose no sólo la total ocupación de la península hispánica y de las costas marroquíes, sino también la de los archipiélagos de Canarias, Madera, Azores y Cabo Verde (véase croquis n.º 9); lo que habría exigido sin duda el empleo de importantes efectivos terrestres, navales y aéreos, que hubieran quedado muy dispersos y prácticamente inmovilizados en un espacio tan extenso (63).

Pero antes de que tales disposiciones pudieran llevarse a ejecución, se produjeron en la cuenca mediterránea nuevos acontecimientos desgraciados que obligaron otra vez a reformarlas o aplazarlas. En efecto, a principios de diciembre se inició en Libia una contraofensiva británica que sorprendió por completo a las tropas italianas, las cuales se retiraron en desorden, abandonando en poder del enemigo numerosos prisioneros y copioso botín. La necesidad de reforzar dichas tropas para evitar el total derrumbamiento del dominio fascista en el norte de Africa, pasó a primer término en el ánimo del Führer, que en 10 del mismo mes dio a tal respecto las órdenes oportunas. Por otra parte, la resistencia de España y Francia a cooperar con Alemania en la cuenca mediterránea, se intensificó con tal motivo. Nuestro caudillo opuso nuevos reparos a la realización del «plan Félix», que hubo así de aplazarse por tiempo indefinido. Y en cuanto al Gobierno de Vichy, la sustitución en la vicepresidencia del mismo del germanófilo Laval por el anglófilo Flandin, resultaba bastante significativa. Ante la eventualidad de que dicho Gobierno se entendiera subrepticamente con Inglaterra y favoreciese el desembarco de fuerzas de esta nación o «degaullistas» en las posesiones francesas norteafricanas, Hitler mandó preparar el «plan Atila», que tendía a la ocupación total de Francia y a la incautación de su flota, en el caso de que tal eventualidad se produjera (64). Por último, el visible empeoramiento de

(63) Estos planes del Führer se hallan contenidos en la Orden número 18 del Mando Supremo de la Wehrmacht, fechada el 12 de noviembre de 1940, a la que hacen referencia HINSLEY (ob. y ed. cit., págs. 191-192) y PETER BOR (ob. y ed. cit., págs. 142-143).

(64) Estas sospechas del Führer se hallaban bien fundadas, porque en aquellos días escribió Churchill a Pétain ofreciéndole 6 Divisiones británicas para defender Marruecos, Argelia y Túnez contra las potencias del Eje (véanse las *Memorias*, de CHURCHILL, ed. española citada, P. II, T. 2, pág. 387). Acerca de la actitud de España informa cumplidamente D. Ramón Serrano Súñer, en su interesante libro: *Entre Hendaya y Gibraltar* (EPESA, Madrid, 1947, Cap. XII; especialmente, páginas 236-249).

la situación militar y política en la península balcánica, a causa de la ofensiva griega en Albania y de las intrigas rusas en dicha península, obligó, por una parte, a duplicar los efectivos alemanes encargados de ejecutar el «plan Marita», y, por otra, a estudiar un nuevo plan de operaciones (denominado «Barbarroja»), que sería desarrollado contra la Unión Soviética, en el caso de que las circunstancias lo exigieran.

6) *La campaña de los Balcanes.*

Durante los primeros meses de 1941, Hitler se esforzó en rectificar la desfavorable situación estratégica y diplomática creada en la cuenca mediterránea a causa de los reveses italianos en Grecia y Libia. Importantes formaciones de la *Luftwaffe* se trasladaron a dicha cuenca y actuaron eficazmente contra la flota británica y su base de Malta, logrando restablecer las comunicaciones marítimas con Tripolitania, en donde no tardaron en desembarcar abundantes refuerzos germanoitalianos, que contuvieron, primero, el avance británico, y pasaron, después, a la contraofensiva.

Mientras tanto, la diplomacia alemana conseguía reafirmar su influencia en los países ribereños de la citada cuenca. El 8 de febrero, Flandin cesaba en la vicepresidencia del Gobierno de Vichy; y su sustituto, el Almirante Darlan, se decidía a reanudar la colaboración política y económica con Alemania. El Gobierno turco adoptaba por la misma época una actitud de neutralidad benévola para el Eje. Y el de Bulgaria se adhería, en 1 de marzo, al *Pacto Tripartito* (65), permitiendo el paso por su territorio de las tropas germanas destinadas a operar contra Grecia.

La batalla diplomática se centró seguidamente sobre Yugoslavia, a la que Inglaterra, abiertamente, y la Unión Soviética, de manera solapada, incitaban a rechazar las propuestas del Eje. Pero, como el país se hallaba rodeado casi totalmente por naciones ya incluídas en la órbita de las potencias totalitarias, el Regente y el Gobierno yugoslavo se decidieron a adherirse también, el 25 de marzo, al antedicho pacto.

(65) Firmado el 27 de septiembre de 1940, entre los representantes de Alemania, Italia y el Japón, con el fin de intimidar a los Estados Unidos y evitar la extensión de la guerra; adhiriéndose a él posteriormente los Gobiernos de Rumania, Hungría y Eslovaquia. Al tratar de la ruptura germanosoviética, volveremos a ocuparnos de este pacto, cuya eficacia resultó, en definitiva, nula.

Las intrigas anglo-rusas no dejaron, sin embargo, de surtir su efecto; pues el día 27 se produjo en Belgrado un golpe de fuerza dirigido por el General Simovic, que derrocó al Regente y a su gobierno y elevó al trono al rey Pedro II, que no había alcanzado todavía la mayoría de edad; acontecimientos que fueron seguidos de manifestaciones y preparativos militares declaradamente hostiles al Eje. Ni Inglaterra ni la U. R. S. S. ocultaron su satisfacción por este golpe de fuerza, y el Gobierno de Moscú llegó incluso a firmar en 6 de abril un tratado de amistad con los nuevos dirigentes yugoslavos, alentándoles en su actitud antigermana y haciéndoles concebir la esperanza de una pronta ayuda.

El panorama político europeo volvía, pues, a ensombrecerse para Alemania. Pero Hitler supo actuar esta vez con rapidez y decisión para hacer frente a tan grave contratiempo. El 27 de marzo, al enterarse del cambio de gobierno en Yugoslavia, el Führer ordenó a von Brauchitsch y a Halder ampliar el «plan Marita», de modo que permitiera operar a la vez contra dicha nación y contra Grecia; ampliación que debía efectuarse con suma diligencia, pues las circunstancias resultaban apremiantes. A la vista del mapa, Halder trazó en seguida un plan de operaciones, cuyas directrices fueron aceptadas por Hitler sin discusión. Se trataba de constituir dos agrupaciones de fuerzas: una en Estiria, para avanzar sobre la Yugoslavia septentrional, y otra en Bulgaria, para invadir la parte meridional de la misma nación, aniquilando al ejército yugoslavo bajo la acción combinada de estas dos grandes masas (véase croquis núm. 10). La segunda de ambas agrupaciones se hallaba constituida por el XII Ejército alemán (Mariscal List), que se había concentrado en territorio búlgaro durante las últimas semanas. La primera hubo de ser improvisada bajo el mando del General von Weichs, jefe del II Ejército, a base de fuerzas retiradas en gran parte de la Prusia oriental y destinadas, en principio, a operar contra Rusia. El 29 de marzo se hallaba totalmente dispuesto el nuevo plan de operaciones; y el mismo día 6 de abril, en que se firmaba el pacto ruso-yugoslavo, se puso en ejecución dicho plan con gran celeridad y precisión, alcanzándose en muy breve plazo todos los objetivos señalados (66).

Efectivamente, el 8 de abril fuerzas blindadas y motorizadas alemanas ocupaban Uskub y Veles, cortando todo posible enlace entre

(66) Véase PETER BOR: ob. y ed. cit., págs. 143-147.

las tropas griegas y yugoslavas por el valle del Vardar. Al día siguiente otra columna motorizada germana desbordaba la «línea Metaxas» y alcanzaba el puerto de Salónica, dejando copado al ejército griego de Tracia, que se vio obligado a rendir las armas. Y, en la misma fecha otra tercera columna de la misma nacionalidad conquistaba Nisch y descendía por el valle del Morava para tomar de revés las defensas de Belgrado.

Mientras tanto, el II Ejército alemán, operando desde el Sur de Austria y Hungría, ocupaba con su ala derecha Zagreb y Karlovac, y cooperaba con su ala izquierda a la expugnación de Belgrado, que se rindió el día 13. Y el 17, los restos del ejército yugoslavo, totalmente envueltos, capitulaban en Sarayevo, quedando unos 335.000 prisioneros en poder de los vencedores. Las operaciones en Yugoslavia habían durado escasamente ¡11 días!

Muy poco más duraron las operaciones en la Grecia continental. Después de la rendición del Ejército de Tracia, las tropas anglo-helénicas que guarnecían la región de Florina se vieron obligadas a retirarse a la línea del Aliakmón, de donde fueron a su vez desalojadas el 15 de abril, dejando descubiertos los pasos de la cordillera del Pindo, por los que penetró la División blindada «Adolfo Hitler», que, en rápido avance, ocupó la ciudad de Yanina y cortó la retirada al principal Ejército griego, el del Epiro, compuesto de 14 Divisiones, que rindió las armas el día 23.

A partir de éste día, los acontecimientos se precipitaron. No habiendo podido contener a los alemanes, ni en la línea de las Termópilas ni en el golfo de Corinto, las tropas británicas se apresuraron a reembarcar a fines de abril en los puertos del Sur de Morea, después de haber perdido 14.800 hombres y todo su material pesado, dejando en poder del enemigo todo el territorio helénico, con excepción de la isla de Creta.

La campaña de los Balcanes había durado en total poco más de tres semanas, en cuyo tiempo fue ocupada una comarca de extensión superior a la de Italia y que, por su naturaleza abrupta, se prestaba muy bien a la defensa. Tan fulminantes resultados no pueden atribuirse a la superioridad numérica; pues, según datos de procedencia aliada (67), en la citada campaña sólo tomaron parte unas 40 Divisiones del Eje (32 alemanas y 8 italianas), contra 55

(67) Véanse las obras ya mencionadas de los Generales FULLER (trad. esp. cit., págs. 83-87) y CHASSIN (ed. cit., págs. 90-91), así como la del comen-

Divisiones del bando contrario (31 yugoslavas, 20 y media griegas y 4 y media británicas). Hubo, eso sí, gran superioridad en el dominio aéreo, ya que la *Luftwaffe* intervino con unos 2.000 aparatos, a los que en vano intentaron oponerse las formaciones de la R. A. F. destacadas en el Mediterráneo.

La citada campaña constituye así un caso extraño de operación improvisada, pero desarrollada con gran maestría. La clave del éxito fue el exacto conocimiento de las comunicaciones esenciales de tan intrincada región, cuyos nudos más importantes fueron ocupados con gran decisión y rapidez desde el comienzo de las operaciones, dejando con ello desarticuladas y embotelladas a las principales concentraciones del adversario (68).

* * *

Faltaba aún por ocupar la isla de Creta, que constituye la cobertura natural de la península balcánica y de la cuenca del Egeo. Pero tal ocupación resultaba muy difícil, porque dicha isla —de gran extensión y muy escabrosa— está separada de la Grecia continental por un brazo de mar de unos cien kilómetros de ancho, que la flota británica vigilaba estrechamente, y se hallaba, además, guarnecida por unos 50.000 soldados británicos y griegos, mandados por el general neozelandés Freyberg.

El único camino abierto para una invasión alemana de Creta era, pues, el aéreo. Y por ello, la conquista de dicha isla fue planeada, con el nombre de «Operación Mercurio», por el E. M. de la *Luftwaffe*; siéndole encomendada su ejecución al General Lohr, jefe de la IV Flota Aérea del Reich, a cuya disposición se pusieron destacamentos especiales de aviones de combate y de transporte, de paracaidistas y de fuerzas alpinas, mandados respectivamente por los generales Richthofen, Student y Ringl.

La acción se inició el 19 de mayo con un ataque en masa de la *Luftwaffe* sobre los tres únicos aeródromos existentes en Creta: los de Maleme, Retimo y Candía. Al día siguiente fueron lanzados sobre ellos destacamentos de paracaidistas, seguidos de tropas de desembarco aéreo transportadas en planeadores. Tras de cruenta

tarista inglés CYRILL FALLS: *La segunda guerra mundial* (ed. esp., Alhambra, Madrid, 1959, pág. 99).

(68) Véase PETER BOR: ob. y ed. cit., págs. 148-149.

lucha que se prolongó hasta el 27, tales fuerzas lograron apoderarse de los citados aeródromos y enlazar después las bases de desembarco establecidas en los mismos. Seguidamente se inició la persecución de los restos de las tropas anglo-helénicas, de las cuales sólo una tercera parte logró embarcarse el 1 de junio para Egipto. Las pérdidas alemanas fueron también muy elevadas, cifrándose en unos 10.000 hombres de los 25.000 que tomaron parte en la operación.

La conquista de Creta constituye la única operación de gran alcance llevada hasta ahora a feliz término, *exclusivamente* por fuerzas aerotransportadas; hallándose considerada así por todos los observadores imparciales como una de las mayores hazañas de la Segunda Guerra mundial.

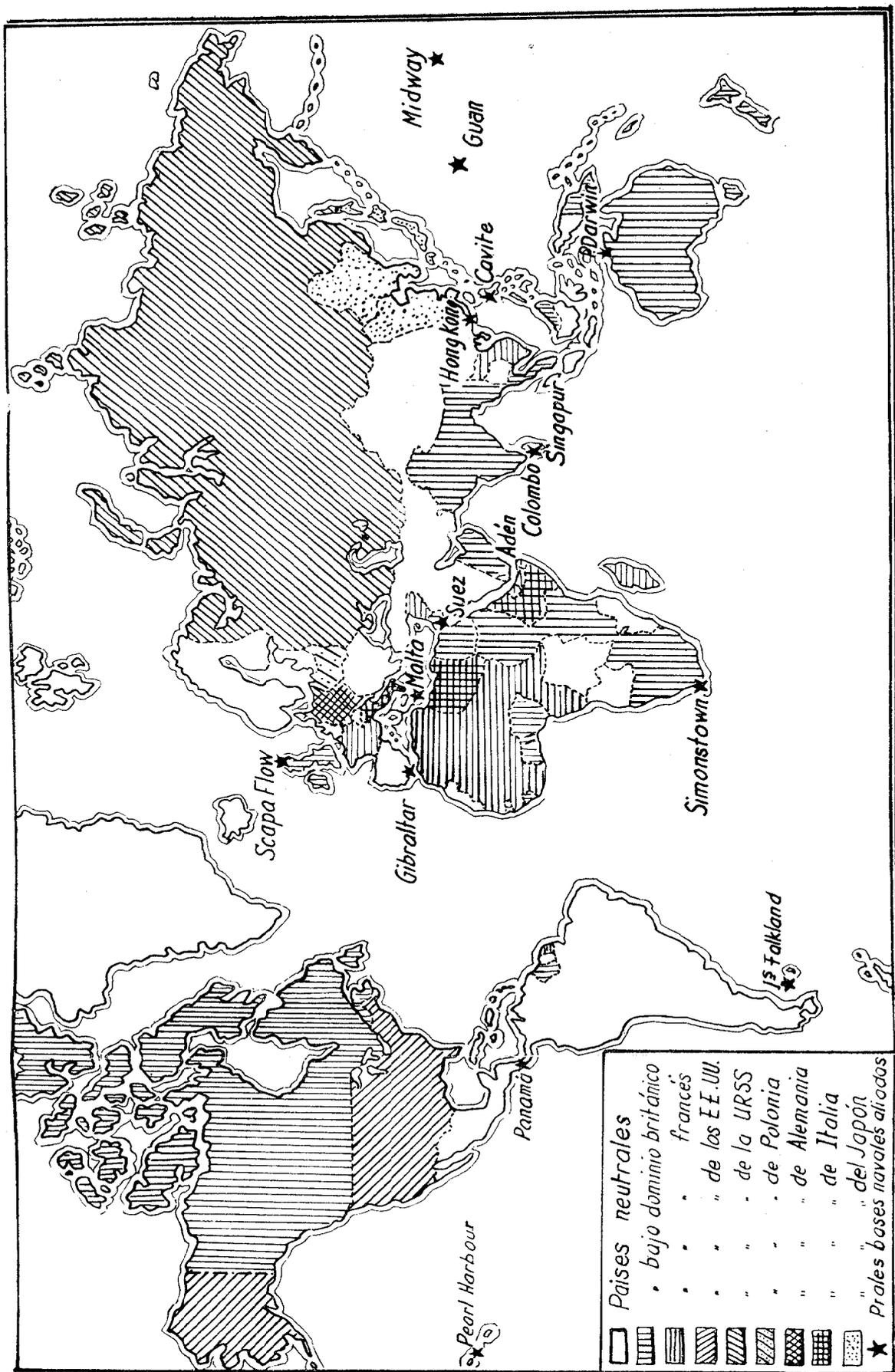
(Concluirá en el número próximo.)

BIBLIOGRAFÍA

- MANUEL FUENTES IRUROZQUI: «Historia económica de la guerra mundial, 1939-1945» (Ediciones Verdad, Madrid, septiembre de 1945).
- J. SEMJONOW: «Las riquezas de la tierra» (Editorial Labor, Barcelona, Madrid, Buenos Aires, Río de Janeiro, 1940).
- MINISTERIO DE LA MARINA ITALIANA: *Almanacco Navale 1941-XIX*.
- MARISCAL KESSELRING: «Memorias» (Edición española AHR, Barcelona, 1953, tomos I y II); «Reflexiones sobre la Segunda Guerra Mundial» (Edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1957).
- PETER BOR: «El Estado Mayor alemán visto por Halder» (edición española Espasa-Calpe, S. A., Buenos Aires, 1955).
- MARISCAL VON MANSTEIN: «Victorias frustradas» (edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1957).
- J. H. HINSLEY: «Hitler no se equivocó» (edición española AHR, Barcelona, 1953).
- CHARLES DE COSSÉ-BRISSAC: «Allemagne et son Armée, 1919-1939» («Revue Historique de l'Armée», Mars 1949, pp. 51-60).
- G. CASTELLÁN: «La Wehrmacht vue de France» («Revue Historique de l'Armée», Septiembre 1949, pp. 39-46).
- HENRI LEBRE: «Munich et les origines de la guerre» («Les origines secrètes de la guerre 1939-1945»), «Lectures Françaises», N.º Special, Juin 1957).
- WINSTON S. CHURCHILL: «Memorias de la Segunda Guerra Mundial» (partes primera y segunda: «Cómo se fraguó la tormenta» y «Su hora mejor», traducción española de Juan G. Luaces, José Janés, editor, Barcelona, 1949).

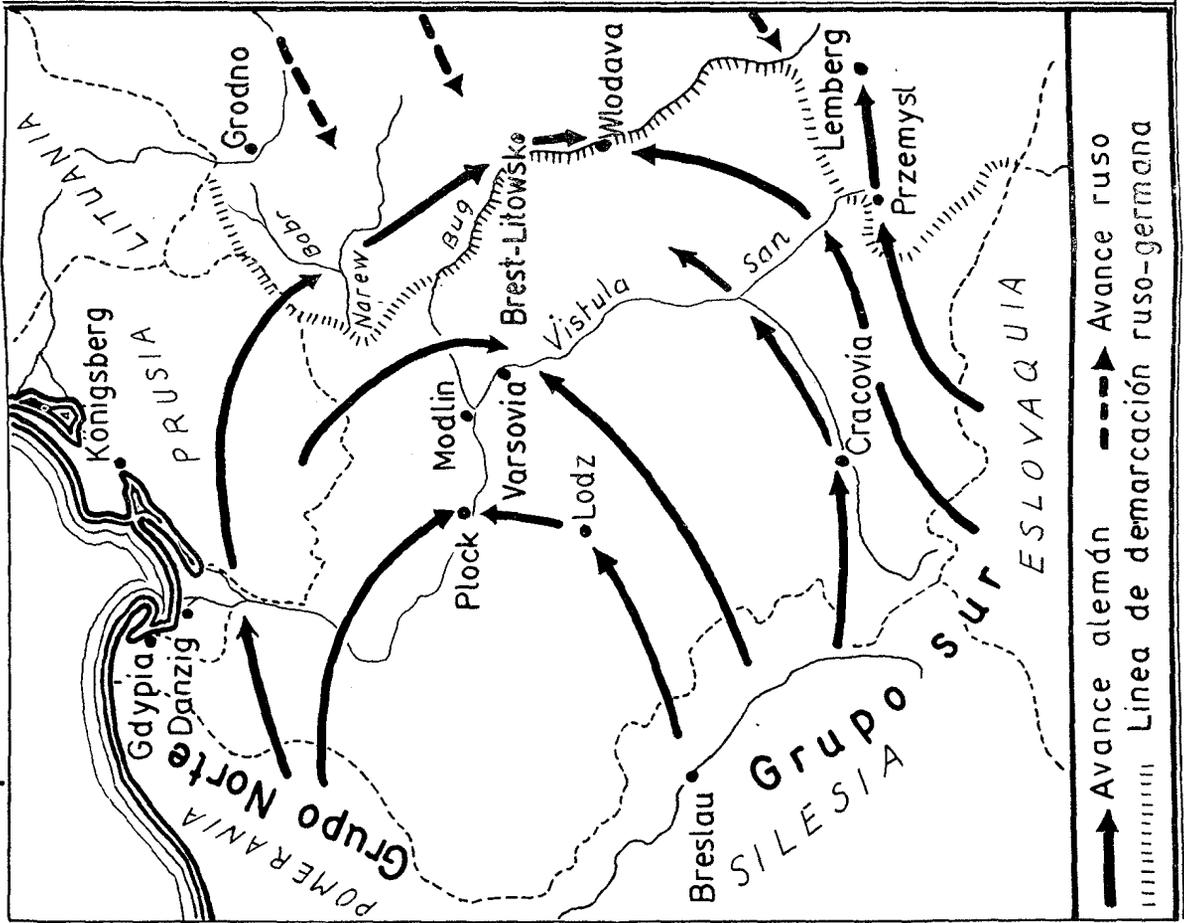
- A. GOLAZ: «L'Armée allemande de 1939 a 1945, d'après les sources allemandes, Première Partie, Jusqu'au 22 juin 1941» («Revue Historique de l'Armée», n.º 3, 1957, pp. I-XIV).
- GENERAL GUDERIAN: «Recuerdos de un soldado» (edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1957).
- GUENTHER BLUMENTRITT: «El Mariscal von Rundstedt» (edición española Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1955).
- JEAN VANWELKHUYZEN: «Le plan allemand du 24 février 1940» («Revue Historique de l'Armée», n.º 4, 1956, pp. 83-88).
- GENERAL CHASSIN: «Histoire Militaire de la Seconde Guerre Mondiale» (Nouvelle édition revue et augmentée, Payot, Paris, 1951).
- D. H. LIDDELL HART: «Defensa de Europa (edición española Ateneo, México, D. F.); «The Other Side on the Hill» (Londres, 1946). Traducido al castellano con el título: «Los generales alemanes hablan» (Ateneo, México, 1952).
- EDDY BAUER: «Idées de manoeuvre du haut commandement français» («Revue Militaire Suisse», núms. 7, 8, 9 y 10 de 1942).
- ANÓNIMO: «Les operations du corps expeditionnaire anglais en mai 1940» (versión francesa del original publicado en el suplemento de «The London Gazette» del 10 de octubre de 1941, «Revue Militaire Suisse», núms. 3, 4, 5, 6 y 7 de 1944).
- CYRIL FALLS: Prefacio a la obra de Siegfried Westphal y otros: «Batallas cruciales de la Segunda Guerra Mundial» (edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1957); «La Segunda Guerra Mundial» (Edición española Alhambra, Madrid, 1958).
- FRITZ HESSE: «Intriga sobre Alemania» (primera edición española de Luis de Caralt, Barcelona, febrero de 1956).
- GENERAL FAGALDE: «L'agonie d'un Corps d'Armée» («Revue Militaire Suisse», núms. 9, 10 y 11 de 1952).
- J. F. C. FULLER: «La Segunda Guerra Mundial, 1939-1945» (traducción española de la 8.ª Sección del E. M. C. del Ejército, Madrid, 1.ª parte).
- GALEAZZO CIANO: «Diplomatic Papers» (edición inglesa de Malcolm Muggeridge, Odhams Press Limited, Long Acre, London, 1948).
- RAMÓN SERRANO SUÑER: «Entre Hendaya y Gibraltar» (EPESA, Madrid, 1947).

CROQUIS N° 4

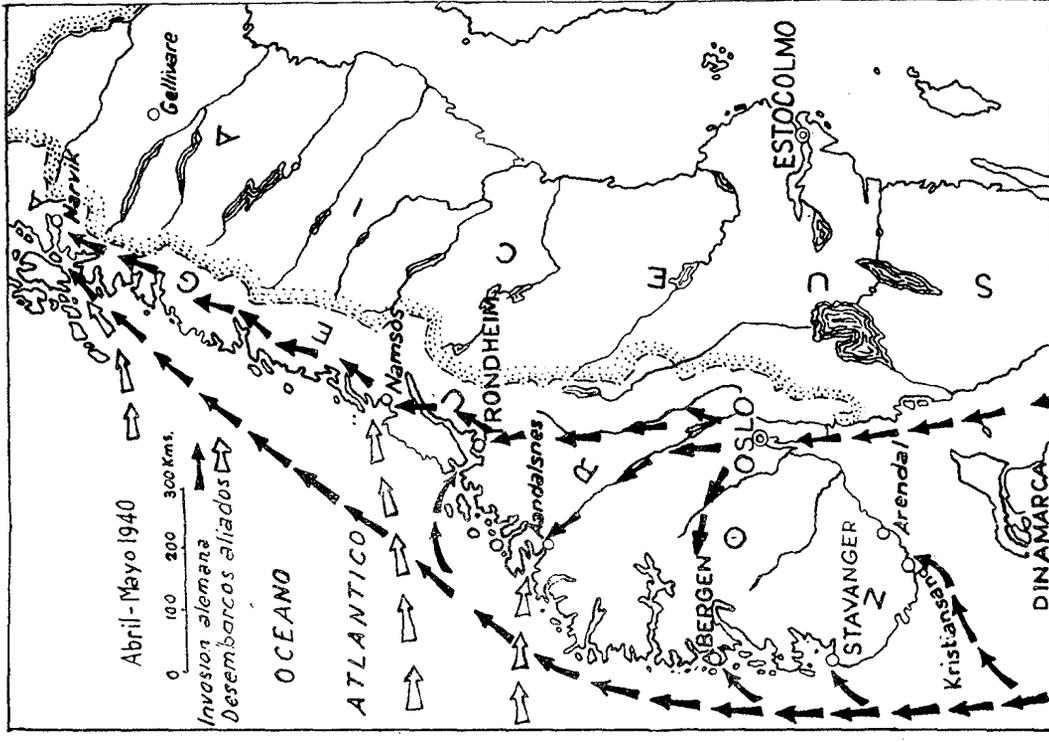


LA SITUACION MUNDIAL AL COMENZAR LA GUERRA EN 1939. (El conflicto chino-japones se desarrolla por entonces al margen del europeo).

Croquis nº-5: CAMPAÑA DE POLONIA

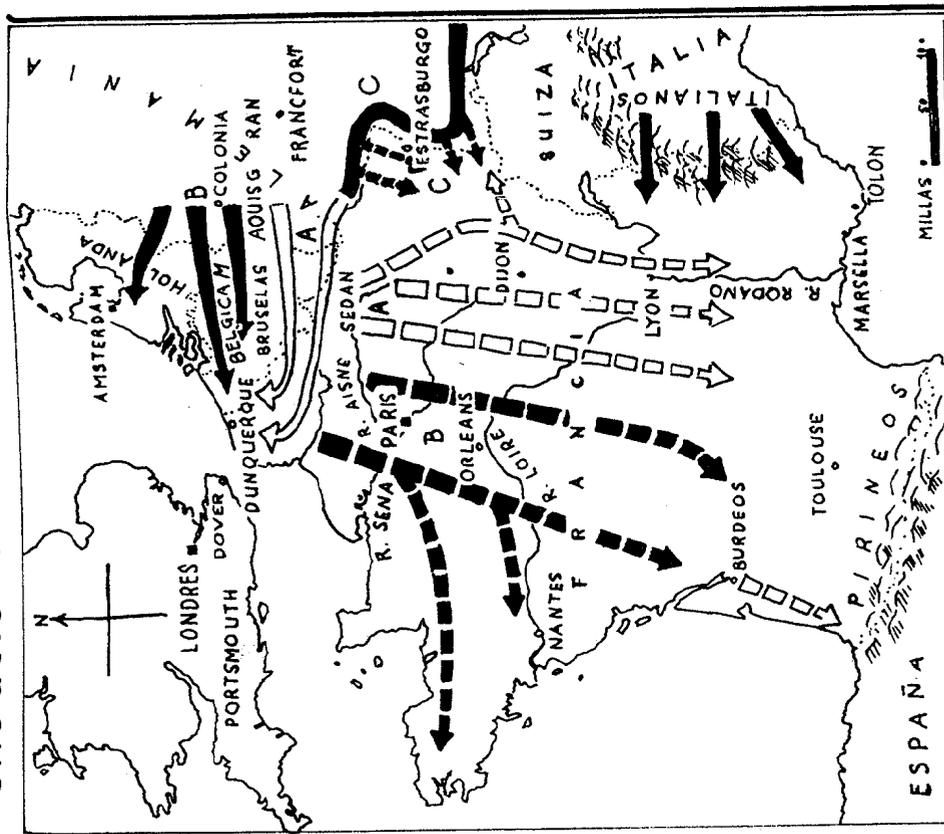


CROQUIS N.º 6



LA CAMPAÑA DE NORUEGA

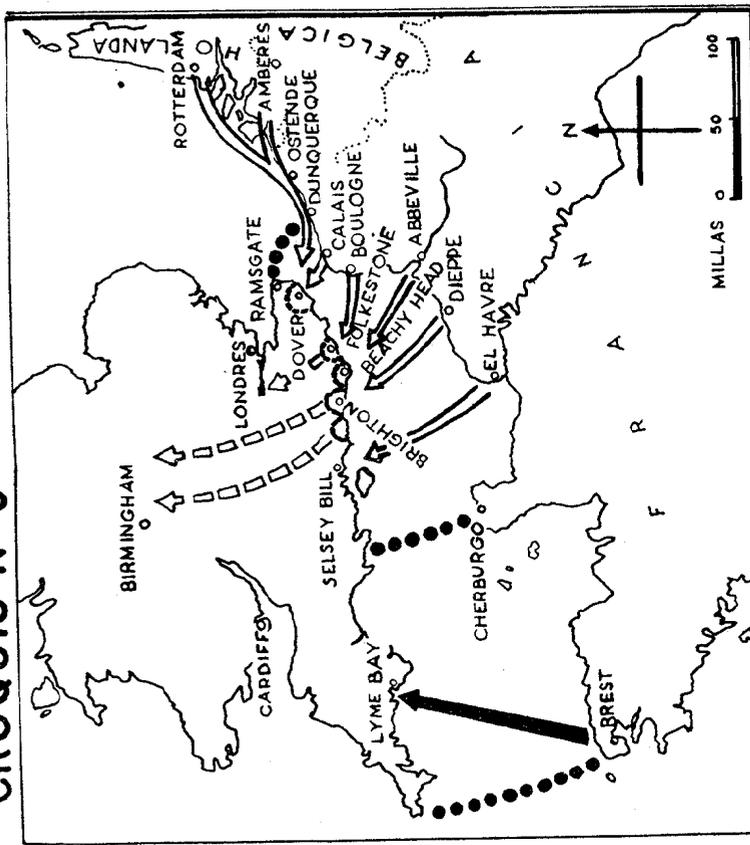
CROQUIS N° 7



CAMPAÑA DEL OESTE 1940

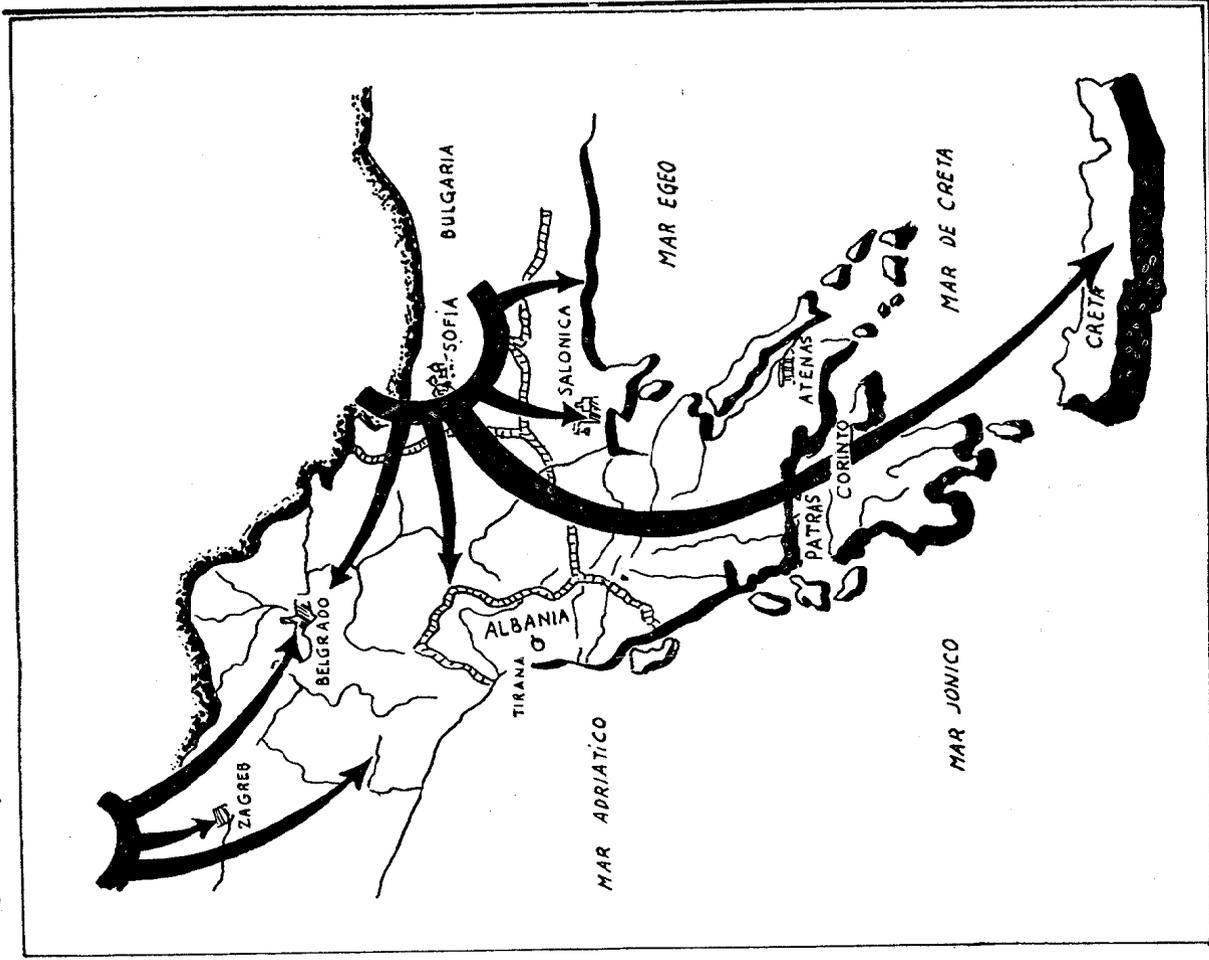
A → GRUPO DE EJERCITOS A EN LA 1ª FASE
B → GRUPO DE EJERCITOS B EN LA 1ª FASE
C → GRUPO DE EJERCITOS C EN LA 1ª FASE
A ⇨ GRUPO DE EJERCITOS A EN LA 2ª FASE
B ⇨ GRUPO DE EJERCITOS B EN LA 2ª FASE
C ⇨ GRUPO DE EJERCITOS C EN LA 2ª FASE
 → ITALIANOS EN LA 2ª FASE

CROQUIS N° 8



El plan "LEON MARINO"

●●●●● CAMPOS DE MINAS
 → ATAQUE Y CABEZAS DE PUENTE
 → PRIMER PLAN. IMPRACTICABLE PARA LA MARINA PORQUE LA BASE ES DEMASIADO ANCHA



LA CAMPAÑA DE LOS BALKANES

1941

Croquis n°9: PLAN DE OPERACIONES EN EL MEDITERRANEO

